

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17, cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante libranzas.

# EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

## RESUMEN.

MADRID. Reflexiones críticas al discurso de apertura de la Academia de Medicina y Cirujía de Castilla la Nueva por el Sr. Dr. don Pedro Mata.—BOTÁNICA MÉDICA. De las especies del género anemone más generalmente empleadas en la medicina.—Cartas al Dr. Mata sobre su crítica de mi crítica del *Tratado de la Razon humana*.—PRENSA MÉDICA. Medicina. Disminución de esta enfermedad.—Fisiología. Médula espinal: experimentos acerca de las propiedades de este órgano.—PARTE OFICIAL. Ministerio de la Guerra.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Sesión del 9 de junio de 1859.—Presidencia del Sr. Leganes.—MONTE-PIÓ FACULTATIVO. La Junta directiva á la de Apoderados.—Presupuesto de obligaciones y gastos para el 2.º semestre de 1859, que la Junta directiva presenta á la de Apoderados en cumplimiento de lo prevenido en el art. 89 del Reglamento.—Junta de Apoderados.—VARIEDADES. DOCUMENTO NOTABLE.—Academia de medicina de Madrid.—Más aclaraciones sobre la cuestion del día.—CRONICA.—VACANTES.—SOCORRO PARA UN COMPAÑERO GRIEGO.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono concluye en fin del presente mes, se servirán renovarle oportunamente por los medios que tenemos recomendados, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números, expresando en letra clara é inteligible, así el nombre, como la residencia y direccion que deba darse. Los que se trasladen de domicilio deberán designar el punto en que antes residían.

A los señores suscritores de Madrid se les llevará el recibo á sus casas.

Madrid 19 de Junio de 1859.

## REFLEXIONES CRÍTICAS

al discurso de apertura de la Academia de Medicina y Cirujía de Castilla la Nueva por el Sr. Dr. DON PEDRO MATA (1).

Prosiguiendo la análisis del discurso en cuestion, veamos qué juicio debe formarse de Hipócrates, como médico, ora se le estudie en la octogésima olimpiada, ora en presencia del siglo décimo nono.

Una cuestion preliminar, á la que se ha dado suma importancia, surge bajo el primer aspecto: la de saber si Hipócrates fué el fundador, el padre de la medicina. Y aunque estábamos lejos de ocuparnos de ella; visto que se trata de conculcar una verdad histórica, nos apresuramos á volver por sus fueros.

El ilustrado académico le niega en su discurso aquel título de gloria, alegando estas razones: «Hipócrates es algo más que un individuo, es una época. Hipócrates no es el inventor ni el padre de la medicina; es la síntesis de las doctrinas de sus tiempos y de los que le precedieron, etc.» «Estudiar á Hipócrates como un individuo aislado de sus antecesores y coetáneos, como un sábio que nada debió al trabajo ajeno, que todo lo alcanzó por sí mismo y con su experiencia propia, podrá ser la exaltación de sus talentos, la hipérbole de su génio, pero jamás la verdad.»

Nadie, dotado de sana razon y buen criterio, podrá sostener la paradoja de que la medicina, como arte empírico, fuese engendrada en el cerebro de Hipócrates.

Las bases de todos los conocimientos humanos, los hechos con sus explicaciones gratuitas, no pertenecen á individuos determinados; son sí patrimonio de la humanidad. Solamente la ley divina

con la moral más pura, nació perfecta y radiante de la mente del Eterno.

Los hechos en sí no forman ciencia. Los principios generales que de ellos se desprenden, la doctrina que en ellos se calca, su reunion, clasificación y subordinación á esta y á aquellos, su vasta y ordenada síntesis, esto es la ciencia, patrimonio esclusivo del génio.

Ahora bien, ¿existía la medicina como ciencia antes de Hipócrates? ¿En qué período de su desarrollo estaba?

La medicina, cual los otros ramos del saber, ha pasado, antes de encarnarse en la humanidad con formas lógicas y racionales, por tres fases distintas: la mística, la sacerdotal y la filosófica. Fueron, en su virtud, sus primeros pontífices, el jefe de tribu, el héroe, el rey; sucédeles el sacerdote de Esculapio, que á su vez entrega el tesoro tan cuidadosamente guardado, al filósofo griego.

Una inmensidad, pues, de hechos desordenados, numerosas hipótesis para explicarlos, y el supersticioso empirismo de los Asclepiades y el vulgar del Ginnasiarca y Periodeuta, tal era la medicina en su época filosófica, en el crepúsculo de su nacimiento científico, en la olimpiada octogésima.

Hipócrates, ciertamente, encuentra vasto campo donde ejercitar su superior inteligencia, su génio de reformador poderoso, y, con el gran criterio de la observacion ilustrada por el raciocinio, forma esa admirable síntesis, establece esa sólida doctrina que resistiera fuertemente el empuje de los siglos.

Si hubo algun antecesor á este eminente Asclepiade que llevase á cabo, siquiera fuese incompletamente, el mismo pensamiento, la historia ha callado su nombre; y á no admitir el injusto y criminal supuesto que tan sin pruebas le imputan Tzetzes, Varron y Plinio, de haber incendiado el templo y biblioteca de Coa despues de haber utilizado sus escritos, tendríamos forzosamente que concederle el título de fundador de la ciencia, de padre de la medicina filosófica.

Si desdenais tributar este sencillo homenaje de respeto á los talentos superiores que levantaron la pirámide de las ciencias sobre los escombros del empirismo, supersticion ó fanatismo, sea en buen hora; no se oscurecerán por tal concepto sus nombres, ni se amenguará su gloria. ¡Herodoto, Virgilio, Pitágoras, Ciceron, Hiparco, Theofrasto, Arquimedes, Euclides, Dioscórides, Papiniano, Adan Smith... siempre sereis para la sábia posteridad los padres respectivos de la historia, de la poesía épica, de la filosofía racional, de la elocuencia, de la astronomía, de la botánica, de la física, de las matemáticas, de la farmacia, del derecho y de la economía política, á pesar de no haberlas engendrado, ni dado á luz perfectas como á Venus, en sentir mitológico, surgiendo radiante de belleza de la blanca espuma de los mares!

V.

A Hipócrates, fundador de la medicina, se le califica en el discurso inaugural de médico hipotético, teórico y sistemático. «Las hipótesis de Hipócrates, dice su autor, no son hijas de la experiencia, son falsas; sus teorías son erróneas, su sistema, en nuestros días, es ridículo.»

Es innegable que Hipócrates razonó y subordinó á principios generales el gran caudal de hechos, fruto de la experiencia de los siglos, á la sazón flotantes y dispersos en la atmósfera.

Las teorías y sistemas que creó y acrisoló en

la observacion y experiencia más severas, no tienen más de absurdos que pertenecer á las olimpiadas. Semejantes á objetos antiguos de gran valor intrínseco y artístico, que por la discordancia de sus formas con las modernas se burla el vulgo de ellos, las explicaciones, las palabras de Hipócrates, podrán servir de grato solaz á quien no se tome el trabajo de pesar sus quilates, ó á quien desconozca el estado de las ciencias y arquitectura literaria del siglo de Pericles; pero nunca al médico imparcial que penetre en su espíritu, que las estudie frente á frente á su época respectiva.

Efectivamente, que ridiculicen en buen hora los profanos de la ciencia, ó los que se detuvieran en su superficie, la fisiología hipocrática que hace depender la salud de la crásis, ó exácta mezcla y equilibrio perfecto de los elementos del cuerpo y sus cualidades con la propiedad vital del cáldo innato bajo el imperio de la naturaleza como fuerza conservadora; la patología, que explica la naturaleza de los males por la discrasia ó intemperie, es decir, por el predominio de alguna de estas aisladamente ó con el elemento humoral que la representa, y exaltación del cáldo innato, todo bajo la direccion de la naturaleza como fuerza curadora; en fin, la terminacion favorable de las enfermedades agudas mediante la coccion, la fuerza medicatriz y las crisis, ó sea la conversion del humor predominante de ácre en suave y de ténue en espeso por la intervencion del cáldo innato y de la naturaleza, eliminándolo esta parcial ó totalmente por los emuntorios comunes en dias prefijados: convenidos. Pero que un médico reflexivo é ilustrado forme coro en este punto con el vulgo y los ignorantes, no viendo conceptos sino palabras en los escritos hipocráticos, no se concibe, á no admitir la obcecacion de su espíritu por una idea avasalladora.

No queremos decir con esto que Hipócrates lo viese todo, lo observase todo, lo explicase bien todo, lo llevase todo á la perfeccion; muy lejos de eso. Sus observaciones, si algunas se pueden juzgar de incompletas ó erróneas, en nada rebajan la cualidad, que nadie se ha atrevido á disputarle, de observador profundo, de práctico eminente. Sus teorías, aunque inadmisibles las más de ellas en el estado actual de la ciencia, revelarán siempre una gran penetracion de espíritu para explicar las causales de fenómenos, de hechos perfectamente observados.

Su sistema, en suma, representará en todos tiempos una vasta y sublime concepcion, un elevado cuerpo de doctrina, tanto más digno de nuestra admiracion, cuanto se le estudie en los primeros albores de la ciencia, cuando la anatomía y fisiología y las ciencias fisico-matemáticas y naturales eran infantes y algunas embriones.

Ahora bien, ¿deberá limitarse á esta apreciacion, por justificada é imparcial que se la suponga, todo el valor de las obras de Hipócrates? ¿Carecerán absolutamente de mérito científico vistas al través del prisma de la filosofía médica moderna? ¿No serán útiles bajo el punto de vista clínico?

Que Hipócrates, al proclamar la observacion ilustrada por el raciocinio como el gran criterio médico, fundó la ciencia de curar sobre sólidas bases, abriéndole ancha vía á su progreso y perfeccionamiento sucesivos, es un hecho á todas luces evidente. Y este solo pensamiento, ¿no justificaria el respeto y homenaje que á su autor le tributaran tantas generaciones? ¿No bastaria á

(1) Véase el número 282.



que sus obras, lejos de relegarse al olvido, sean contemporáneas de todos los tiempos y países?

Empero, no se limitó el ilustre Aesclepiade á sentar la piedra angular del edificio médico, sino que echó tambien los cimientos de las columnas que habian de sostener su elevada cúpula. ¿No admira, en efecto, ver establecidas todas las partes fundamentales de ciencia tan vasta y complicada? ¿No sorprende hallar tratadas con sin igual maestría las más áridas materias y determinados ó definidos muchos principios, que el progreso médico acatara como legítimos y verdaderos?

Sí, ciertamente; y aunque sus obras no encierran todo el credo médico, todos los dogmas de la ciencia, ni puedan servir de testo á la pública enseñanza ni de acabados modelos en las formas, serán siempre un manantial inagotable de ideas fecundas, de pensamientos luminosos para el médico ilustrado y de imparcial criterio que no vé en Hipócrates sino al práctico eminente, al sábio intérprete de la naturaleza humana en estado de salud y enfermedad, al fisiólogo que une con vínculos estrechos lo vital á lo físico, al patólogo que subordina admirablemente las alteraciones materiales y de propiedad á la fuerza armónica y reguladora del organismo, al que en la prognosis asócia el espíritu más profundo de abstracción con la análisis de lo fenomenal y concreto; al que, por último, en terapéutica proclama la moderación y prudencia y el gran principio de la hipenantiosis, ó sea de la contrariedad entre la naturaleza del padecimiento y la acción de los remedios.

Los verdaderos hipocráticos, pues, no han negado nunca al fundador de la ciencia el carácter teórico y sistemático *a posteriori*, que tanto le distingue y eleva; lo que sí rechazan son las calificaciones que se le hacen en contrario sentido.

Lo repetimos: las hipótesis, las teorías, el sistema de Hipócrates, no son el producto de abstracciones de bufete, sino pinturas exáctas, en estilo figurado algunas, de fenómenos inconcisos; espresiones del modo leal de entender hechos exáctamente observados; esfuerzos de ingenio para elevarse á su causa íntima y sintetizar toda la ciencia en corto número de trascendentales principios.

Siquiera no le pertenezcan todas las explicaciones fisiológicas y patológicas, las acrisoló, no obstante, en el gran criterio de la observación, como muy acertadamente asienta el autor en este párrafo de su discurso: «Hipócrates con su observación no quería fijarse en esta ni aquella hipótesis, y las hermanaba todas en lo que le parecía estar de acuerdo con la experiencia.»

Si aquellas no son hoy aceptables; si los adelantamientos científicos las sustituyeron con otras, no dejarán por tal concepto de ser racionales para su época, como á su vez lo serán las actuales cuando las reemplace la inexorable ley del progreso humano. Pero los principios, lo fundamental, el verdadero cuerpo de doctrina, permanecerán siempre fijos é inalterables como toda verdad que, emanada de la observación, ha recibido además el bautismo de una inteligencia superior y el fallo de los siglos. La naturaleza medicatriz, la propiedad vital cálido innato, la cocción, las crisis, los días críticos y el *contraria contrariis*, son hechos fuera del alcance de la demostración lógica, pertenecen á la experiencia, y solamente ella podrá ser su juez competente.

(Se concluirá.)  
J. Andrey.

## BOTÁNICA MÉDICA (1):

### I.

De las especies del género *Anemone* (2) más generalmente empleadas en la medicina.

CARÁCTER DEL GÉNERO *ANEMONE*.—Perigonio (cáliz coroliforme de otros A. A.) de 5-15 sépalos; estambres nu-

(1) Tenemos el gusto de dar cabida á estos excelentes artículos sobre botánica médica, debidos á nuestro amigo el Dr. D. Antonio Blanco Fernandez, no menos conocido como botánico que como médico; y esperamos que seguirá favoreciendo las columnas del *Siglo* con nuevos escritos de botánica médica. (I. D.)  
(2) Familia de las ranunculáceas, tribu 2.ª, la de las anemoneas.

merosos. Akenas en forma de cabezuela, terminada en punta, susceptible de prolongarse á veces en figura de un largo apéndice plumoso. Flores rodeadas de un involucre de tres hojuelas. Tallo desnudo; hojas todas radicales.

### Especies principales:

1.ª *Anemone nemorosa*, L.—*Anemone de los bosques*.—Esta hermosa planta, que tan vistosamente adorna nuestros bosques y malezas, tiene una raíz (tallo subterráneo mas propiamente) horizontal, por una de cuyas extremidades nace el tallo y hojas (Fig. 1.ª); estas son



Fig. 1.ª—*Anemone nemorosa*.

todas radicales, pecioladas, rectas y divididas en tres foliolos digitados, el del medio partido profundamente en tres lóbulos ovales con incisiones y dientes, los laterales con dos tan solo, y de la misma forma que los anteriores. Las hojas y los peciolos efrecen un ligero vello. Los pedúnculos son radicales, rectos, de seis ú ocho pulgadas de longitud, terminados en una sola flor bastante grande, blanca ó de un color púrpura claro; por debajo de la misma se ve un involucre formado de tres hojuelas verticiladas, con peciolo, y semejantes á las que nacen de la raíz. Los frutos, en número de quince hasta treinta, son ovoideos, comprimidos, pubescentes, terminados en una punta encorvada.

Esta especie se encuentra en los montes y principalmente en los espesillos de varios puntos de nuestra Península. Florece en marzo ó abril, y aun antes, segun la localidad.

Propiedades y usos.—Esta planta es acre, y disfruta con corta diferencia análogas propiedades á las de que haremos mérito cuando nos ocupemos de los ranunculos. Sin perjuicio de ello, manifestaremos como el doctor

Chomel (Pl. usual. II, 375) recomienda su aplicación sobre la cabeza para curar la tiña, cuya incómoda dolencia desaparece, segun afirma dicho sábio, en cuarenta y ocho horas, si bien el uso de semejante medicamento exige las precauciones y prudencia que son consiguientes á la administración de plantas de esta clase. Utilicen nuestros compañeros tan precioso y sencillo medicamento, que nos ha producido más de una vez muy felices resultados, no solo en aquella enfermedad, sino tambien para producir el efecto vesicante, en varios casos de reumatismo y gota, bastando solo aplicar un par de hojas frescas sobre la parte. Téngase en cuenta, por lo que pueda importar á los labradores y ganaderos, como los animales que comen esta planta, mueren despues de orinar cantidades considerables de sangre pura.

2.ª *Anemone pulsatilla*, L.—*Pulsatilla*.—La raíz de esta planta (Figura 2.ª), que vemos en los montes silíceos de varios puntos de España, es gruesa, densa, dura, negruzca y

como leñosa. Sus hojas radicales son pecioladas, sedosas, compuestas de tres foliolos, á veces pinatífidos, de segmentos estrechos, lineares, agudos, y como aleznados. El tallo, de seis ú ocho pulgadas, es cilíndrico, veloso, con una sola flor, un poco inclinada, y de un hermoso color violeta bastante subido; los sépalos son rectos, velludos por de fuera, y formando un conjunto de figura de campana; entre ellos y los estambres se ven algunas glándulas pediceladas, al parecer órganos masculinos abortados. El involucre consta de una sola hoja dentada, abrazadora, y que forma una especie de embudo, de cuyo centro sale la flor, recortada en las tres cuartas partes de su altura en tiritas estrechas, lineares, agudas, sedosas y casi constantemente enteras. Florece por lo regular en abril.

Propiedades y usos.—Disfruta esta planta propiedades acres muy manifestas, en cuya virtud determina, en contacto con nuestros órganos esternos, ó ingerida en el estómago, todos los accidentes propios de las sustancias corrosivas, á saber: una inflamación violenta y una acción estupefaciente sobre el sistema nervioso. Orfila la coloca entre los venenos acres. El agua destilada de las flores y hojas frescas es sumamente acre. Storch nos dice haber usado el extracto de la *pulsatilla*, obteniendo los más felices efectos, en la amaurosis, habiendo curado muchos enfermos atacados de esta dolencia, experimentando un alivio considerable otros, en quienes no pudo operarse la completa desaparición del mal. Así lo atestiguan además otros médicos alemanes no menos célebres. El sábio antes citado se ha servido tambien de la planta que al presente nos ocupa para curar los síntomas consecutivos de la sífilis, como exóstoses, dolores osteócospos, etc. Por último, la ha utilizado con suceso en la parálisis y úlceras crónicas. Se comienza administrando pequeñas dosis del extracto, como por ejemplo, uno ó dos granos, aumentándola gradualmente hasta unos diez y seis ó veinte de ellos. Prescribáse en píldoras, para llenar esta última indicación.

El doctor Bonnet ha curado herpes, los más rebeldes, haciendo tomar á los enfermos grano y medio del extracto de *pulsatilla*, mezclado simplemente con doce granos de azúcar, dándole dos veces al día por espacio de algunos meses; teniendo el cuidado de lavar al propio tiempo el sitio de la erupción con un cocimiento de beleño y cicuta. Tan distinguido práctico considera este medio como el más eficaz de todos los conocidos; y con efecto, nosotros hemos visto confirmados más de una vez los buenos resultados que nos anuncia tan recomendable y distinguido práctico, con la única diferencia de que, en vez del cocimiento de beleño, hemos usado un linimento compuesto de yema de huevo y aceite. Gmelin dice que en Siberia se emplea el jugo de la *pulsatilla*, inyectado en el conducto auditivo, para curar ciertas sorderas.

El doctor Ramm parece administró el extracto de la *anemone pratensis* para combatir la coqueluche, comenzando por una cuarta parte de grano ó medio, segun las circunstancias, repitiendo la dosis tres veces cada veinticuatro horas, pudiendo aumentarla gradualmente; al cabo de algunos días nos dice desaparecen los accesos sofocantes, resistiendo por algunos mas la tos, que cede luego. Nos refiere este célebre médico, en el tomo 16 de los *Archivos generales de medicina*, pag. 607, como de los muchísimos niños á quienes prescribió este medicamento, todos, excepto uno, curaron de tan incómoda dolencia.

Concluiremos lo relativo á tan interesante planta, dando las dos principales fórmulas bajo las cuales se administra la *pulsatilla* en las amaurosis. Se prescribe ya en mistura, ya en píldoras. La mistura es como sigue: De extracto de *pulsatilla* sin depurar, media dracma; vino estibiado, media onza; disuélvase. Se darán al enfermo desde veinte hasta sesenta gotas, en tres veces, cada veinticuatro horas. Las píldoras se componen de: polvos de valeriana, de asafétida y de flores de arnica, de cada cosa dos dracmas; tártaro estibiado, doce granos; extracto de *pulsatilla*, tambien sin depurar, media dracma. Hagáanse píldoras de dos granos. Desde ocho á quince de ellas puede tomar el enfermo, repartidas entre la mañana, medio día y noche.

Dr. Antonio Blanco Fernandez.  
(Se concluirá.)

## CARTAS AL DR. MATA

SOBRE SU CRÍTICA DE MI CRÍTICA

DEL TRATADO DE LA RAZON HUMANA.

### CARTA QUINTA.

Muy señor mio, amigo y respetable profesor: Creo haber probado en mis cartas precedentes, que el método *a posteriori* que Vd. adopta de un modo esclusivo, no puede por sí solo conducir al esclarecimiento de todas las cuestiones que se proponen las ciencias. Antes al contrario, no tengo la menor duda, ni creo que pueda tenerla quien detenidamente lo reflexione, de que la negación arbitraria de cualquier otro procedimiento intelectual introduce en todos los terrenos á que se aplica un germen de error y de desorden, procedente de su exclusivismo.

Tambien he probado, que no puede Vd. explicar las leyes de la inteligencia por medio de las facultades, mejor que con los átomos ó la materia activa, y que las contradicciones en que suele incurrir al sacar datos



nuevos de principios que en manera alguna los contienen, no se salvan apelando al recurso de la facultad de conocer, que gratuitamente pone Vd. en un cerebro compuesto esencial y primitivamente de partes materiales y nada más.

Pero quiero suponer que todas estas razones no me eximieran de seguirle en las deducciones sacadas de tan falsas premisas; prescindamos por un momento del error que acompaña a su análisis experimental, hecho desde el punto de vista de un principio equivocado, y demos por admitido que pueda tener algún valor semejante análisis. Examinemos en qué términos puede Vd. apoyarse en él, y cuáles son las consecuencias que le permite asentar.

Pone Vd. en contribucion la anatomía y la fisiología, no para ilustrar, sino para constituir en todas sus partes la psicología racional ó pura. No le detienen á Vd. las dificultades de tal empresa, porque no advierte su monstruosidad. Lejos de ello, se entrega Vd. á llevarla á cabo con ardor infatigable, penetrando en todos los pormenores, poniendo en juego todos los recursos, para que aparezca lógico y científico lo que solamente es sofístico é ilusorio: la eliminacion sistemática de una parte de los elementos de todas y cada una de las cosas que pueden someterse á la consideracion humana.

El cuadro ordenado de las actividades del hombre es para Vd., como para todos los filósofos materialistas, el testimonio más elocuente que puede aducirse en pró de sus doctrinas. Allí se ven primero cuerpos y fuerzas muy sencillos, que apenas difieren de los seres inorgánicos, rejidos por leyes que confinan visiblemente con las físicas y las químicas, si no se confunden por completo. Luego se advierte cómo estos solos elementos producen acciones más complicadas de la química viviente, y estas los movimientos automáticos, hasta que sucesivamente van apareciendo la sensación, los instintos, los sentimientos y las facultades intelectuales. Así durante esta evolucion como despues de terminada, se vé constantemente la necesaria dependencia en que están las leyes vitales, del volumen, configuracion y circunstancias de los órganos, en tales términos, que toda funcion tiene su razon de ser en la organizacion de la parte que la ejecuta.

Empero, como ha dicho muy bien mi amigo el señor Quintana en un artículo recién publicado en este periódico, «semejante explicación, sometida al severo examen de la filosofía, no viene á ser más que una de tantas vistas de diorama de grande espectáculo con que el materialismo de todos los tiempos ha recreado la razon infantil de la humanidad.»

Ante todo, y no olvide Vd. le ruego esta circunstancia, Vd. abstrae su propio sugeto del cuadro que contempla, en lo cual hace bien si solo trata de dar un análisis experimental del mismo; pero vá muy desacertado, si pretende establecer una explicacion trascendental del objeto, atribuyéndole todo lo que en realidad pertenece al sugeto que le examina. ¿Quiéreme Vd. consignar una série de fenómenos que anteceden y producen la inteligencia, y no cuenta con la suya, que tan activamente interviene en esa representacion teatral, dando movimiento y vida á los autómatas que en ella figuran?

En vano argüirá Vd. que en su inteligencia aparecen esos fenómenos como independientes de ella; porque la verdad es, que aun para concebirlos de ese modo, para formar ese juicio de independencia, tiene Vd. que continuar interviniendo, sin que estribe en otro fundamento la legitimidad de todos sus discursos y demostraciones. Cuando prescinde Vd. de su inteligencia, para suponer la continuacion independiente de los fenómenos, es porque explícita ó implícitamente los pone en otra conciencia, los traslada á otro foco intelectual, sin el cual no serian inteligibles, no se los podría representar. La coincidencia original de un sugeto de conocimiento con toda cosa conocida es enteramente imprescindible, y no se puede admitir sucesion entre estos términos, indispensables para el conocimiento, sin destruir el conocimiento mismo, y con él todo lo representado, no quedando mas que lo que no se representa, lo que ya no se puede representar; nada, en una palabra.

Esfuércese Vd. por concebir anulada toda inteligencia, y verá aparecer el caos. Con los sentidos se desvanecen las sensaciones, elementos segun Vd. del mundo inteligible, y con el sugeto determinado toda determinacion de tiempo, de espacio, de fuerza y de cualquier otro género. La eternidad y el instante, el átomo y la inmensidad, careciendo del sentido que reciben de su relacion en la conciencia, serian afectados de nulidad.

Negado una vez cuanto puede dar á Vd. derecho para asentar una afirmacion cualquiera, no queda el menor fundamento en que apoyar la permanencia de cosa alguna real, determinada. Todo lo que se conoce exige la condicion del sugeto; y por lo tanto, quitada la condicion, se quita lo condicionado. Así como Vd. no acertaría á concebir un sugeto simple y puro sin objeto de quien distinguirse; del mismo modo, si bien lo considera, le es imposible comprender un objeto que no lo sea de ningun sugeto; lo que equivaldria á decir, que era y no era objeto á un mismo tiempo.

Pero prescindamos por un momento de todas estas consideraciones, y demos que pudiera estudiar la evolucion de la vida y el entendimiento de la manera que lo verifica, y sin contar con lo que pone Vd. mismo en la constitucion de tales hechos. Veamos hasta qué punto procede Vd. con lógica en su estudio de las funciones humanas.

La pretension de todo el que pone en primer término la materia activa, subordinándola todos los fenómenos, es formular un orden gerárquico de calidad ó de causalidad, en cuya virtud las especies se refundan en sus géneros, y los efectos en sus causas, á fin de que, consideradas la vida y la inteligencia como efectos ó como especies, desaparezcan en el seno de la materia, que es su causa y su género comun.

La subordinacion cronológica de la inteligencia y de la vida á circunstancias orgánicas y materiales, presta al parecer cierto apoyo á semejante doctrina. Pero examinando con rigor los hechos y su interpretacion materialista, pronto se echa de ver que hay en esta dos vicios fundamentales: 1.º falta de exactitud en la observacion; 2.º falta de lógica en la deduccion.

La observacion, hecha superficialmente, acredita que ninguna fuerza, ningun acto vital ni intelectual existe sin un órgano, sin condiciones de estension; es más: que las condiciones de estension preceden á la manifestacion de las leyes más sencillas, y estas á las leyes más complicadas, que se presentan siempre en último lugar. Pero una observacion más profunda enseña tambien, que ningun cuerpo material, ninguna condicion de espacio aparece sin la intervencion de una fuerza; que así como todo es en alguna parte, todo es igualmente por una causa, para un fin, en una conciencia, etc., como lo tiene consignado el sentido comun desde los primeros albores del conocimiento humano. En fin, no se observan la dependencia absoluta de la fuerza respecto de la materia, etc., sino la independencia por una parte y la mútua relacion por otra, de todas estas cosas, originales y primitivas.

En cuanto á la sucesion de los fenómenos, no es menos superficial la observacion que considera cronológicamente subordinados los más á los menos complejos, los intelectuales y los vitales á los inorgánicos y físicos. Porque el huevecillo consta de elementos muy simples, ¿olvida Vd. sus relaciones con el organismo de donde procede, y del que unas veces continúa formando parte, y siempre ha recibido una influencia causadora, que le sigue en todas sus evoluciones hasta la vejez y la muerte del individuo? ¿Creará Vd. necesario que las causas produzcan inmediatamente sus efectos, y se negará á reconocer en estos la relacion con actos remotos, que sin hacerse ostensible en un principio, viene á aparecer en épocas más ó menos lejanas? En tal caso necesitaría explicar qué efectos inmediatos siguen á la inoculacion de la vacuna, de los virus lísico, sífilítico, etc., cuya presencia no se revela por modificacion alguna perceptible, sino despues de largo tiempo. Yo prescindo ahora de que donde no hay alteracion visible de la materia, quiera Vd. admitirla invisible, dando como un hecho esta hipótesis contra todas las reglas de su método experimental, y solo por satisfacer las pretensiones del mismo, de dominar lo que no le pertenece; deo esto á un lado, y me basta consignar que tales modificaciones inmediatas no se observan. No es pues una razon la de que dejen de observarse en el huevecillo ó en el individuo más ó menos desenvuelto, para que no se atribuyan sus fenómenos sucesivos á causas remotas, á la influencia de los padres, á la intervencion de la vida y la inteligencia que han existido anteriormente.

¿Cuándo ha limitado Vd., doctor amigo, ni ninguno de los que como Vd. opinan, el campo de la experimentacion, poniendo, no ya el objeto aislado de su propio sugeto, cosa tan imposible como se deja conocer, pero ni los seres inanimados, los cuerpos y las fuerzas físicas y químicas, solas, separadas, sin relacion alguna con leyes vitales é intelectuales, simultáneas, contemporáneas y anteriores? ¿Cómo se ha satisfecho esta condicion esencial del método *à posteriori*, de ensayar las causas

una por una, para apreciar las relaciones de causalidad? Pues si ha sido y será siempre imposible deslindar lo que corresponde á las causas vivas y á las causas muertas en la produccion de los fenómenos de los seres animados, ¿cómo se atreve Vd. á asentar tan rotundamente, que el embrion obedece á leyes físico-químicas, y que más adelante saldrá de estas mismas leyes, como la mariposa de su capullo, todo el maravilloso artificio de las funciones de la vida y el entendimiento? ¿No es esto aplicar del modo más empírico el *post hoc ergo propter hoc*?

Pero supongamos todavía que hago á Vd. otra concecion. Doy por averiguado que la esperiencia acredita con todo rigor, que á un acto meramente físico y sin otra causa posible, sigue un acto vital ó intelectual, y que por lo tanto, hay entre el acto antecedente y el consiguiente una relacion de causalidad. ¿Qué significaría esto, sino que un acto, inorgánico de suyo, se convertiría en orgánico mediante un efecto de esta última naturaleza? Habría ocurrido un cambio; pero tendríamos siempre lo inorgánico por una parte y lo orgánico por otra, aunque reunidos en una relacion de fuerza, distintos sin embargo, y sin poderse refundir uno en otro. ¿Deduciríamos de aquí que lo orgánico es esencialmente inorgánico? Guardémonos de tal tentacion: esto sería destruir á pretexto de esencia la misma diversidad que reconocemos: equivaldria á admitir y no admitir el cambio, el efecto, sin los cuales desaparece la relacion de causalidad. Las causas no son más causas en sí, que los efectos efectos en sí; lo que quiere decir que las causas se conciben por medio de los efectos, como los efectos por medio de las causas; y suponer primero las causas solas, para sacar luego de ellas los efectos, es un procedimiento vicioso, es un abuso de la facultad de abstraer, es una falsa consideracion, que no debe adoptarse en buena lógica.

Así pues, la aparicion de un efecto no autoriza á más que á consignar una relacion de fuerza entre un acto anterior y otro posterior, que por lo demás son independientes y aun pueden ofrecer los caracteres más opuestos. Tal sucedería, en efecto, si se comprobase que lo organizado se causaba simplemente por lo inorgánico: la causa y el efecto distarían entre sí bajo el punto de vista de las leyes vitales, tanto como la afirmacion de la negacion, siendo el acto-causa fatal y sujeto al orden físico, y el acto-efecto de carácter espontáneo, relativamente al mismo orden físico que le produjera. Existiría sin duda alguna la relacion de causalidad; pero esto no autoriza á suprimir el efecto considerándole como un accidente, para encerrarle en la causa, considerada como una sustancia. Mientras considera Vd. la causa sola, amigo mio, no considera ningun efecto, y es una contradiccion sacar esto último de allí donde empezamos por asentar que no se considera.

Tal vez le ocurrirá á Vd. contestar, que las causas contienen en potencia, cuando no en acto, los efectos; pero esto solo argüiría escasa meditacion de lo que se significa con las palabras acto y potencia. Estos dos términos son inseparables entre sí y de la nocion de fuerza que juntos constituyen, y tan imposible es que exista realmente un acto sin potencia, como una potencia sin acto, ni los dos, ni ninguno de ellos sin una fuerza. Podemos sí, considerar la potencia sola; pero es abstrayendo en nuestro entendimiento uno de los términos de una fuerza dada que nos representamos. Diremos por ejemplo, que el fuego es una potencia de destruccion de ciertas formas y combinaciones, y de formacion respecto de otras; pero esto es decir simplemente que consideramos en la ley general de la actividad del fuego, la potencia, que es uno de los términos de esta actividad. La potencia respecto de lo pasado no se separa del acto; respecto de lo futuro se convierte en probabilidad. Llamamos potencia á la fuerza considerada en lo futuro, con el grado de probabilidad que le dan las leyes experimentales conocidas. Pero todo este procedimiento lógico no arguye la realidad de ninguna potencia actual, del momento presente, fuera de la que aparece sintéticamente con el acto en las fuerzas actuales.

Repito que las causas, ni como potencia ni como acto, contienen los efectos, mientras solo las consideramos como tales causas. Cuando consideramos á la vez las causas y los efectos, entonces sí que aparecen unos y otros simultáneamente con igual valor y originalidad, unidos por su relacion comun y distintos sin embargo, sin cuya condicion no podrían concebirse. Pero en cuanto intentamos reducir la consideracion á las causas solas sin que dejen de estar con ellas los efectos, queremos un imposible, y solo nos persuadimos haberle alcanzado por medio de una ilusion intelectual.



Es visto que la causalidad no sirve en manera alguna para anular las diferencias de las cosas: si todo cambio supone la permanencia de algo que cambia, no por eso deja de ser positivo el cambio, ni se borra la distinción entre lo que subsiste, antes y después de cambiar. La causalidad se agrega al cambio, pero no altera sus condiciones, así como se agrega a las consideraciones de espacio, de tiempo, etc., sin proceder de ellas, ni por el contrario encerrarlas dentro de su consideración sola y aislada. Las causas particulares producen muchas veces efectos muy diversos de ellas, sin que esta diversidad causal pueda decirse que estaba contenida en el acto precedente: decir que estaba contenida en potencia, solo significa que antes de producirse el acto subsiguiente, *podía* ser producido.

Si, pues, ningún efecto particular puede suprimirse a pretexto de considerarle en su causa, ¿cómo se ha de suprimir, amigo mío, con tal excusa nada menos que un elemento tan general como la vida, y sobre todo los elementos *necesarios*, las leyes originales del pensamiento? Aunque estuviese probado, que los fenómenos de la vida y la inteligencia aparecían después que el orden físico, y enlazados con este por una relación de fuerza, siempre sería el sugeto con sus leyes necesarias una cosa eminentemente distinta de los objetos particulares, y la vida una serie de fenómenos de naturaleza diferente, no que este ó aquel fenómeno inorgánico, sino que todos los inorgánicos juntos, sin que ningún esfuerzo del entendimiento pueda borrar esta diferencia, á no ser que queramos dejar de considerarla, abandonando en el hecho mismo el objeto sobre que recae.

De lo dicho resulta, que aun no contando con la necesidad de la participación del sugeto en todo análisis experimental; desentendiéndonos de que este no tiene valor alguno sino con la condición de aparecer en una conciencia; pasando por alto la imposibilidad de sujetar á observación los actos inorgánicos con independencia de todo acto orgánico, contemporáneo ó anterior, para poder atribuir estos últimos como efectos á los primeros como causas; todavía á pesar de tantas concesiones, la relación de causalidad no presta apoyo alguno á la pretensión de absorber unos actos en otros, sino que cada categoría por su parte queda siempre independiente, distinta y reñida por leyes especiales, que es preciso estudiar, sin desconocerlas ni establecer subordinaciones arbitrarias, que solo conspiran á privarnos de una parte de la luz, á dejar incompletos nuestros juicios, á precipitarnos por vías esclusivas, y á inspirarnos determinaciones poco conformes con nuestro interés y con los verdaderos fines á que debemos aspirar.

Vea Vd., pues, amigo mío, si se digna considerarlo despacio, cuán grandes obstáculos se oponen á su empresa, que por otra parte es la de todo filósofo materialista, de «buscar las facultades del hombre en todos los actos exteriores, tanto de este como de los irracionales.» Vd. quiere que el acto exterior antecedente explique y contenga el acto exterior consiguiente, apoyándose sin duda en no sé qué sustancia, en una creación ontológica, de la que ciertamente no podrá darse cuenta muy exacta; pero que sin embargo, le basta para construir el mundo físico, como los de la vida y la inteligencia, porque es un *ídolo* á quien Vd. mismo ha otorgado poder para tanto, resignando en sus aras los propios elementos de que despoja su consideración por un instante.

Los mismos fundamentos que cree Vd. tener para explicar todas las cosas por su concepción materialista, por el lado objetivo del conocimiento, pueden alegar en sentido contrario los que pretenden resumirlo todo en la idea, considerándola como sustancia y causa de los fenómenos de cualquier especie, incluso los materiales. Las causas de carácter orgánico é intelectual intervienen en el orden del mundo juntamente con las físicas, y si ha de valer la lógica de Vd., de considerar un orden cronológico de actos y refundir los posteriores en los anteriores, puede muy bien el hombre partir de su sugeto, suponiéndole sustancia y causa de cuanto sucede en el mundo exterior: esto no sería mas que suprimir lo representado en beneficio de lo que representa, así como Vd. suprime lo que representa en beneficio de lo representado.

Y ahora que por lo dicho me parece indudable que no pueden comprenderse los actos del hombre, estudiando simplemente los fenómenos que los preceden, ¿necesitaré detenerme más en el punto relativo al origen de las ideas, y á la pretensión materialista de hacer á las generales procedentes de las particulares, apoyan-

da en la observación del orden cronológico de los fenómenos intelectuales en los niños? Cuantas reflexiones acabo de hacer en general, convienen á esta aplicación particular del sistema que Vd. sigue. Siempre se reproducen los mismos vicios: prescindir del sugeto que observa, de las condiciones de la experiencia y del valor de las relaciones de causalidad.

Pero en las consideraciones que llevo espuestas, todavía se trataba de leyes distintas que, aunque unidas por vínculos comunes, podían estudiarse aparte, admitiendo entre ellas sucesiones y relaciones, reales ó imaginarias. La cuestión de lo general y lo particular en las ideas, ofrece dificultades aun más apremiantes para resolverse en sentido materialista, porque versa sobre una sola ley, cuyos términos ni por un solo momento pueden concebirse absolutamente separados.

¿Cómo cree Vd. que puede una idea ser particular en sí? ¿No lo será siempre relativamente á otra general? ¿Podría siquiera concebirse fuera de esta relación?

Dice Vd. que lo particular y lo general son siempre sucesivos, nunca simultáneos. En grande apuro le pondría si quisiera exigirle la prueba perentoria de tal proposición, cuando es tan fácil demostrar lo contrario á todo el que se preste á escuchar la razón con ánimo imparcial.

Para que exista una cosa cualquiera determinada en un conocimiento, para pensar algo, es menester distinguirlo. La distinción consiste en separar una cosa, que al mismo tiempo aparece como identificada con otra. En otros términos, distinguir es negar la identidad en cierto sentido, así como identificar es negar en otro sentido la distinción. Por consiguiente, para distinguir, con conciencia de la operación intelectual ó sin ella, es necesario de toda necesidad negar la identificación, porque de lo contrario la distinción no existiría.

No existiendo la distinción, no distinguiéndose una cosa, nada existe respecto de ella, y no hay fundamento para juicio alguno; existiendo la distinción, es preciso que se refiera á algo, y este algo, cuando se trata de cosas particulares, es lo general, cuando de una diferencia, el género, con el cual constituye sintéticamente la especie. Vea Vd. ahora si puede haber particular sin general, así como le concedo de buen grado, que no puede haber general sin particular.

Tan cierto es esto, como que particular equivale á no general y general á no particular, y pueden sustituirse estos términos uno á otro en el pensamiento y en el lenguaje.

Cuando el niño, y hasta el irracional, manifiesta distinguir un objeto particular, manifiesta igualmente distinguirlo de una serie general: cuando el niño reconoce á su padre, le distingue de los demás hombres y cosas que conoce, y que relativamente á su padre son un género; cuando distingue los colores, dá bien á entender que no identifica el color particular con el color en general; cuando llama blanca á una cosa, reconoce un grupo común caracterizado por la blancura y refiere á este grupo el objeto que designa.

Esto es cierto que se verifica sin la suficiente conciencia, porque le falta la razón, porque no considerándole en la síntesis de su desarrollo posible y en la síntesis mayor que constituye el género humano, mirando solo en *abstracto* el tiempo de la primera infancia, marca su entendimiento pocos grados en el termómetro de la racionalidad.

Busca Vd. la conciencia donde no existe y por eso no la encuentra; pero aunque sin conciencia, siempre hallará Vd. lo particular y lo general antitéticamente desenvueltos, donde quiera que aparezca la sombra de uno de ellos.

Descendiendo en la escala de los seres y llegando al vegetal y aun á la piedra, siempre obtendrá Vd. lo mismo. En cada individuo vegetal encontrará una determinación como especie, nacida del género y de la diferencia que le caracterizan. Hasta en los minerales se observa una determinación parecida. Si ellos tuvieran conciencia se reconocerían distinguiéndose é identificándose, y opondrían en el acto mismo lo particular á lo general.

Todo está sujeto á la categoría de calidad; todo es especie de un género, ó género de una especie: la dificultad está en reconocerse como tal, y esto solamente lo verifica la razón.

La conciencia elevada á su más alto grado se hace conciencia de sí misma; reconoce sus límites y la facultad de traspasarlos sucesivamente, por más que vengan otros siempre á reemplazarlos; y desde entonces negando los límites cualesquiera que sean, adivina, inventa, perfecciona, se abre á su vista un espacio inmenso, don-

de el desenvolvimiento intelectual se verifica indefinidamente, como el desenvolvimiento fisiológico en el mundo orgánico. El conocimiento deja de ser estéril como la piedra, se propaga por generación; se multiplica; adquiere proporciones gigantescas y no vé término posible á sus ambiciosas pretensiones.

Pero mientras no llega la inteligencia á esta edad nublada, no es completa conciencia, no permite la libertad, ni el estado responsable. Estudiar la responsabilidad, la libertad y la ciencia en el niño, vale tanto como estudiar la vida en las rocas desnudas de vegetación. No porque el estudio de las funciones del niño no sirva para ilustrar las del adulto, así como la consideración de las leyes físicas no deja de importar para el esclarecimiento de las de la vida; sino porque existe en la vida respecto del reino inorgánico, y en la razón respecto de los seres desprovistos de ella, un exceso de elementos que no deben buscarse donde no existen.

Advierto, mi querido amigo, que esta carta se vá haciendo demasiado larga, y habré de aplazar para otra lo que me resta decirle sobre las cuestiones más culminantes de filosofía que promueve en sus escritos. Entretanto le repito la expresión de mis sentimientos afectuosos y de mi distinguida consideración.

Nieto.

## PRENSA MEDICA.

### MEDICINA.

#### Dismenorrea: tratamiento de esta enfermedad.

La dismenorrea, la neuralgia histérica, la histeralgia catamenial, como nos complace más llamarla (dice el *Journal de médecine de Bordeaux*), esa afección que constituye periódicamente el tormento de tantas mujeres, ha sido atacada hasta el día con tan numerosos medios y con tanta frecuencia ineficaces, que es permitido ensayar el uso ó aplicación de todos cuantos se propongan. En el *The Cincinnati Lancet and Observer* de octubre de 1858, vemos una fórmula publicada por el Dr. FANNER, de Nueva Orleans, de la cual dice haber obtenido grandes resultados; compónese de

Goma de guayaco.	aa. 1 onza.
Bálsamo del Canadá.	2 escrúpulos.
Aceite de saxifras.	4 id.
Sublimado corrosivo.	8 onzas.
Alcohol.	

Disuélvase el guayaco y el bálsamo en la mitad del espíritu de vino, y el mercurio sublimado en la otra mitad. Déjese en digestión durante algunos días, el guayaco y el bálsamo, y luego mézclese este líquido clarificado con el sublimado y el aceite (1).

La dosis es de 10 á 12 gotas mañana y noche, en un vaso de vino ó de agua, según las circunstancias. Dice el Sr. FANNER, que tanto él como todos aquellos de sus compañeros á quienes se lo había indicado, han obtenido de este medio resultados ventajosos.

Hé aquí de qué manera debe usarse: uno ó dos días antes del período catamenial que se espera, 25 gotas mañana y noche, en una infusión de salvia ó de agua azucarada, hasta que el flujo menstrual esté bien establecido, y después aguardar la época ó período inmediato. En los casos graves y rebeldes es necesario comenzar su uso ocho ó diez días antes del flujo, y si aparece el dolor, es preciso administrar el remedio cada cuatro ó seis horas, hasta observar alivio. El dolor cesa por lo común desde el momento en que el flujo se verifica con libertad; pero por lo regular la sangre fluye sin dolor después de las primeras dosis. El autor ha notado que sobreviene un alivio inmediato después de una dosis administrada durante el paroxismo. En ciertos casos el dolor es desgarrador y produce hasta convulsiones. Entonces es necesario recurrir á las inhalaciones de cloroformo ó á la preparación siguiente:

Espíritu de alcanfor.	3 dracmas.
Cloroformo.	2 id.
Tintura de opio.	1 id.

Una cucharada de las de café, cada hora, hasta que se observe alivio.

Después de curada la dismenorrea, no es raro que como consecuencia tenga lugar la concepción. Es necesario evitar el estreñimiento que con frecuencia acompaña á la histeralgia.

—Nada podemos decir acerca de la eficacia del medio que propone el Dr. FANNER, porque no le hemos empleado; pero no podemos menos de manifestar que estamos completamente de acuerdo con dicho profesor en cuanto á las apreciaciones que sobre la dismenorrea establece. Es una verdad eminente, práctica y de observación clínica incontrovertible, que la infertilidad de muchas mujeres no reconoce otra causa que la dismenorrea, y diferentes veces hemos tenido ocasión de observar lo que dice el Dr. FANNER, esto es, que curada la dismenorrea, la concepción se ha verificado inmediatamente.

(1) Otra prescripción análoga se encuentra en el *Formulaire médical* del Dr. ELLIOT; solo que era recomendada por el Dr. EMERSON y otros prácticos de Filadelfia contra la afección sífilítica.



## FISIOLOGIA.

## Médula espinal: experimentos acerca de las propiedades de este órgano.

Según el Sr. MARCO PAOLINI, los experimentos hechos con la corriente electro-magnética le han demostrado que no es la electricidad un medio verdaderamente a propósito para explorar las propiedades fisiológicas de la médula espinal, puesto que se ha observado que la corriente eléctrica se difunde indiferentemente no solo por todo el espesor de la médula, sino también por las partes circunvecinas, especialmente por el sistema nervio-muscular.

Respecto á los experimentos hechos con estímulos mecánicos, cortando, comprimiendo, punzando, etc., pueden, dice el Sr. PAOLINI, conducir á las siguientes conclusiones:

- 1.º Los cordones posteriores y laterales de la médula espinal se hallan dotados de exquisita sensibilidad.
- 2.º La division de los cordones mencionados no impide la trasmision centripeta al encéfalo de las impresiones sensitivas.
- 3.º Las impresiones trasportadas por las raices espinales posteriores parece que recorren por un breve trayecto las fibras medulares de dichos cordones y luego pasan á la sustancia gris.
- 4.º La sustancia gris, aunque insensible por sí misma ó sea incapaz de recibir inmediatamente las impresiones escitadoras de la sensibilidad, parece el medio indispensable para el transporte de dichas impresiones al sensorio comun.
- 5.º Cortados trasversalmente tan solo los cordones posteriores, aumenta temporalmente la sensibilidad en las partes del animal situadas por debajo del corte.
- 6.º Los cordones posteriores conservan la propia sensibilidad cuando son cortados en dos ó tres puntos á cierta distancia entre sí.
- 7.º Una mitad sola de la médula parece también capaz de transmitir al encéfalo, aunque débilmente, las impresiones practicadas directamente sobre ella.
- 8.º Los cordones anteriores son insensibles á la aplicación inmediata de los estímulos.
- 9.º Finalmente, los mencionados cordones son esencialmente motores, pero no parecen extraños á la producción del sentimiento.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

## PARTE OFICIAL.

## MINISTERIO DE LA GUERRA.

Penetrada de la conveniencia de facilitar el ingreso en la carrera de farmacia que se estudia en la universidad de la Habana, al efecto de proveer por este medio á la notable y urgente falta de farmacéuticos, que de algún tiempo á esta parte se observa en la isla de Cuba; en vista de lo propuesto por mi ministro de la Guerra y de Ultramar, y oído el Consejo de instrucción pública y el de Estado, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los estudios teóricos y prácticos de la facultad de farmacia en la isla de Cuba se distribuirán en cuatro años desde el curso de 1859 á 1860.

Art. 2.º Esta distribución se hará en la forma siguiente:

PRIMER AÑO. Elementos de farmacia teórica y elementos de química aplicada á la medicina y á la farmacia, con asistencia además á la clase de química de la universidad.

SEGUNDO AÑO. Farmacia experimental y práctica, con asistencia á las lecciones del curso anterior y á las de botánica.

TERCER AÑO. Repetición del curso de farmacia experimental, materia médica y arte de recetar; práctica privada en oficina farmacéutica.

CUARTO AÑO. Práctica privada en oficina farmacéutica.

Art. 3.º El gobernador capitán general, oyendo á la inspección de estudios de la isla, subdividirá, del modo que juzgue más conducente, las asignaturas espresadas en el art. 2.º para el solo efecto de que los alumnos que tengan ya hoy principiada esta carrera puedan hacer sus estudios teóricos y prácticos en los cuatro años que designa el art. 1.º

Art. 4.º Terminados los estudios teóricos y prácticos, y mediante un examen análogo al que se prescribe para el título de farmacéutico habilitado en la Península, podrán los alumnos obtener la habilitación análoga para el ejercicio de la profesión de farmacia en todas las provincias de Ultramar.

Art. 5.º Se dispensarán anualmente los derechos de matrícula y grados á cuatro individuos que, teniendo los estudios preliminares indispensables, prueben la imposibilidad de satisfacer el importe de aquellos por escasez de bienes de fortuna.

Dado en Aranjuez á doce de junio de mil ochocientos cincuenta y nueve.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y de Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

## REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesion del 9 de junio de 1859.—Presidencia del Sr. Leganés.

Empezó la sesión á las cuatro y cuarto, y después de leída y aprobada el acta de la precedente, se dió cuenta de haberse recibido por Secretaría

El num. 3.º del periódico titulado *El Liceo*.

Una Memoria de D. Ildefonso Asensio, de San Ilde-

fonso, sobre el *Libertinage y la prostitucion*, cuyo informe se encargó por el señor presidente al Sr. Argetller.

En seguida el señor presidente concedió la palabra al Sr. Mendez Alvaro, para continuar la discusión sobre Hipócrates y las escuelas hipocráticas. Este señor académico siguió leyendo su comenzado discurso, y sin terminarle ocupó todo el tiempo de la sesión.

Quedó, pues, para la inmediata en el uso de la palabra, y se levantó la de hoy, de que certifico.—El secretario de gobierno, MATÍAS NIETO SERRANO.

## MONTE-PIO FACULTATIVO.

## La Junta directiva á la de Apoderados.

En cumplimiento de lo prevenido en el art. 89 del Reglamento de esta Sociedad, la Junta directiva tiene la honra de someter al examen y aprobación de esa superior, el adjunto PRE-UPUESTO de obligaciones y gastos para el próximo semestre.

En él debía incluirse la asignación correspondiente al secretario general, según lo determinado en el artículo 49 de los Estatutos y 143 del Reglamento; pero movido el digno socio que ha merecido unánimemente la confianza de esta Junta y de esa de Apoderados para el espresado cargo, de un sentimiento de delicadeza y de interés hacía esta institución benéfica, muy dignos de apreciar, ha manifestado á la Directiva su deseo de renunciar por ahora á la asignación que debería señalarse, mientras el Monte-pío no llegue á un periodo de desarrollo más adelantado y próspero.

La Junta directiva, estimando en lo que merece esta desinteresada manifestación, la acogió con beneplácito, acordando proponer á esa de Apoderados: que, aceptando la espresada renuncia en los términos indicados, y dando á D. Luis Colodron las gracias á que su desprendimiento le hacen acreedor, se le releve de todo pago en la Sociedad mientras no goce de sueldo.

Madrid 11 de junio de 1859.—El presidente, Tomás Santero.—El secretario, Mariano Benavente.

Presupuesto de obligaciones y gastos para el 2.º semestre de 1859, que la Junta directiva presenta á la de Apoderados en cumplimiento de lo prevenido en el art. 89 del Reglamento.

OBLIGACIONES.	Por el haber de la pensionista D.ª Vicenta Larraz, descontados 136 rs. 20 cts. que la corresponden de dividendo por hallarse en el caso del art. 23 de los Estatutos.	763-80
	1.º Por alquiler de casa. . . . .	1,750
GASTOS.....	2.º Por sueldo del empleado en Secretaría. . . . .	1,750
	3.º Por asignación del conserje-avisador. . . . .	765
	4.º Por gastos de franqueo y correspondencia de la Junta directiva. . . . .	240
	5.º Por gastos de oficina y secretaría general. . . . .	600
	6.º Por impresiones. . . . .	400
	7.º Por gastos de franqueo, correspondencia y secretaría de las Juntas delegadas. . . . .	700
Total de obligaciones y gastos. . . . .		6,968-80

## JUNTA DE APODERADOS.

La Junta aprueba el PRE-UPUESTO de pagos y gastos que precede, para el semestre inmediato, 2.º del año actual. Y enterada de la renuncia de sueldo que ha hecho el secretario general, la acepta, acordando que se le den las gracias por su laudable desinterés y dispensándole, en compensación, de todo pago en el Monte-pío mientras desempeñe sin sueldo alguno el espresado cargo.

El presidente, Matías Nieto Serrano.—El secretario, Toribio Guallart.

## VARIEDADES.

## DOCUMENTO NOTABLE.

En los últimos números de la *Iberia* y de la *España Médica*, se inserta el siguiente comunicado que los periódicos de medicina españoles, menos *El Siglo Médico*, han dirigido al director de la *Révue Médicale* de París, con motivo del escrito de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Sr. director de la Revista médica de París.

Muy señor nuestro: en el número de su periódico de 50 de abril último hemos leído un artículo titulado «ojeada sobre el movimiento médico que ha tenido lugar en Madrid con motivo del manifiesto académico del Sr. catedrático Mata, por el Dr. Sales-Girons»; en cuyo artículo se asegura que toda la prensa médica de nuestro país ha reprobado unánime las doctrinas sustentadas por el Sr. Mata ante la Academia de medicina de Madrid. En vista de esta afirmación, creemos un deber asegurar á Vd. á nuestra vez, que ningún periódico médico-español ha combatido hasta hoy esas doctrinas á escepcion de *El Siglo Médico*.

Tenemos asimismo el honor de hacer á Vd. presente el

sentimiento profundo con que hemos visto la injusta manera como en ese artículo se trata al Sr. Mata, tan digno de respeto por su talento y su saber.

Aprovechan esta ocasión para ofrecerse suyos afectísimos SS. SS. Q. B. S. M.

Por la *España Médica*, Eduardo Sanchez y Rubio.—Por la *Iberia Médica*, Andrés del Busto.—Por el *Memorial de Sanidad*, Nicasio Landa.—Por el *Observador Médico-quirúrgico*, Miguel Baldivielso.—Por la *Actualidad* (de Valencia), Joaquín Serrano.—Por el *Eco de los cirujanos* (de Burgos), Pedro Alvarado.—Por el *Liceo* (de Segovia), Vicente Aravaca.

Enemigos nosotros de todo género de mistificación, celebraríamos como un faustísimo suceso ver bien deslindado el campo del periodismo médico, siquiera nos faltara el consuelo de que algún colega nos ayudase á defender las bases fundamentales de la medicina sentadas por la mano de Hipócrates, sobre las cuales se alza el edificio médico actual, susceptible de mayor perfeccionamiento y de grandísima majestad.

Así, dividido el campo de la ciencia entre el *vitalismo progresivo* (que lejos de desdeñar admite todo género de estudios útiles para el adelantamiento de la medicina), y el *materialismo* que se propone formarla de nuevo, sentándola sobre el exclusivo ejercicio de las leyes físicas y químicas, podríamos con más facilidad entendernos.

Una cosa queremos, no obstante, hacer comprender á los médicos extranjeros, para que se libren de toda equivocación y para evitar que sufra mengua el crédito de la medicina española: *aunque ven por un lado siete periódicos declarados, según parece, contra el hipocratismo y en favor del MATERIALISMO físico-químico, y por otro al SIGLO MÉDICO, que desde luego ha defendido las buenas doctrinas hipocráticas y el VITALISMO, no vayan á creer que es esta una legítima representación de las opiniones del cuerpo médico español*. La generalidad inmensa de los médicos españoles dista muchísimo de combatir el hipocratismo y de aceptar el materialismo con que se la brinda; y el mismo Sr. Mata lo advirtió con mucha razón en su discurso inaugural. Por otra parte conviene advertir (y no se tome esto como una vana jactancia), que *EL SIGLO MÉDICO* solo reúne tantos lectores como todos los periódicos que suscriben el preinserto documento.

Este es el motivo por que lejos de considerarnos solos, creemos ver á nuestro lado en cuerpo á la medicina española. Ella nos prestará sin duda el más constante y eficaz auxilio.

Los hombres estudiosos; los dignos catedráticos de nuestras Facultades, que tanto interés tienen en sacar triunfante la bandera vitalista (esto es, la legítima bandera del progreso médico); los profesores de los hospitales y demás establecimientos benéficos; los prácticos, en fin, que observan cada día hasta donde alcanzan los prodigios de la *naturaleza medicatriz*, se unirán á nosotros para combatir infatigables la bandera del materialismo, y reivindicar á los ojos del mundo el buen nombre de la medicina española, haciendo ver de paso que todavía no han perdido los médicos de este infortunado país, su proverbial y acreditada sensatez.

Estamos solos: conste así, porque en ello se funda nuestra mayor gloria (1).

## Academia de medicina de Madrid.

El jueves 9 del corriente continuó el Sr. MENDEZ ALVARO la lectura del discurso de que venimos dando cuenta á nuestros lectores. Ocupóle la esposición de los puntos 7.º y 8.º de su programa (1), cuya lectura llenó toda la sesión.

Comenzando por el primero de estos, cuyo epigrafe es: *Resumen crítico de las doctrinas hipocráticas*, y después de hacer un sucinto elogio de las mismas, se espresó de esta manera:

«Fúndase (la doctrina hipocrática) en un grande é indisputable hecho, cada día mejor comprobado por los prácticos: que la *naturaleza crea, conserva y cura* á los seres dotados de vida; que ella es quien resiste á las humanas dolencias: *natura morborum medicatrix*.

»Según tal doctrina, la naturaleza tiene facultades, tiene fuerzas (*fuerzas vitales*) que son como sus ministros. Estas fuerzas son, según sus doctrinas, las que hacen pasar la sangre, los espíritus y el calor á todas partes, que reciben por aquel medio el movimiento y la vida, y las que hacen crecer y alimentar todas las cosas.

(1) Echamos de menos, sin embargo, entre las firmas de los periódicos anti-hipocratistas la de la *Revista Médica de Cádiz* y la del *Boletín del Instituto Médico de Valencia*, periódicos en que resplandecen buenas doctrinas y cuyas opiniones deseamos conocer.

(1) Véase el número correspondiente al 26 de mayo.



«Dice Hipócrates que la naturaleza halla sin pensarlo las vías que ha menester, y hace lo conveniente para la conservación de la vida sin haber aprendido nada. Su modo de obrar, por el intermedio de las facultades ó fuerzas vitales, consiste por una parte en atraer lo bueno ó conveniente á cada especie, en retenerlo, prepararlo ó cambiarlo; y por otra en rechazar lo supérfluo y dañoso, después de haber separado lo que es útil.

«Además, admite Hipócrates tal relación, tal enlace, tal concurrencia entre los diferentes órganos del cuerpo que comparten recíprocamente los bienes y los males, obrando como de común acuerdo para alcanzar un resultado común: *consensus unus, conspiratio una et una consentientia*.

«La enfermedad viene á ser, por lo tanto, una reacción del organismo contra toda causa de perturbación; una especie de lucha entre las causas morbosas y la naturaleza que rechaza lo dañoso; ó según Sydenham, un esfuerzo de la naturaleza, que para conservar al enfermo trabaja con todas sus fuerzas en destruir la materia morbosica, *morbis nihil aliud est quam naturæ conamem materiæ morbosicæ exterminatio-nem in ægri salutem omnino perire moliens*.

«Aunque ya las más veces esta reacción seguida de un resultado favorable, no siempre es tan ventajosa para el enfermo; sucediendo en ocasiones que es bastante violenta para ocasionar la muerte, y otras que por su debilidad no alcanza á vencer la causa morbosica; de donde resultan para el médico tres distintas reglas de conducta: observar y secundar á la naturaleza cuando basta por sí misma para efectuar la curación, disminuir la reacción cuando es demasiado violenta, aumentarla al contrario cuando es débil.»

«Pero el materialismo dice: ese resultado que atribuis á la naturaleza y ese enlace simpático que advertís, no existe: son puros entes de razón, creados por vuestra fantasía. Esos resultados se deben á la disposición de la materia, á sus propiedades y al juego de los órganos que forma: como los unos mantienen á los otros en movimiento, basta la perturbación de uno para que los restantes varíen en su acción: estas perturbaciones constituyen las enfermedades, y esa relación mútua, para vosotros misteriosa, que advertís entre la acción de todos, explica vuestro *consensus*. ¡Trabajo les costaría probar lo que tan fácilmente sientan! Explicadnos antes por qué se perturba ese mecanismo las más de las veces, sin que el órgano que sufre la primera perturbación en sus funciones ofrezca una alteración física ni química; y en caso de existir esta última, explicadnos también cómo ha sobrevenido sin género alguno de intervención de lo que nosotros llamamos fuerzas vitales.»

Y después de hacer un razonado y erudito elogio de la fuerza medicatriz, reseña, aunque muy someramente, por haberlo ya hecho otros señores académicos con más extensión, algunas ideas sobre las crisis y días críticos, la cocción, etc., etc. Mas refiriéndose á lo que en punto á crisis y días críticos dijo el Sr. Mata en uno de sus últimos discursos, le contesta de esta manera:

«Sin embargo, el Dr. Mata, haciendo un supremo esfuerzo contra la anticuada doctrina de las crisis, las ha combatido habilísimamente, parapetándose detrás de los señores Andral, Monneret y Fleury, en cuyo *Compendium de médecine pratique* ha hecho un minucioso rebusco de aquello que se adaptaba ó parecía adaptarse á sus miras. Pero es el caso que, apartándose cuanto pudo de las crisis, demasíadamente acreditadas entre los médicos prácticos, se refirió más bien á los días críticos, mucho menos admitidos por los autores; es decir, que en contra de la existencia de las crisis opuso la doctrina de los días críticos, harto embrollada aún en la misma colección hipocrática; y es claro que con tan legítima lógica satisfizo á las inteligencias para quienes hablaba.

«Pero esa obra anda igualmente en nuestras manos que en las suyas, y en las de todos, se deja leer, y examinada resulta que Andral (muy joven cuando escribió la tesis que los señores Monneret y Fleury utilizan, y por lo tanto poco esperimentado) admitió sin embargo las crisis, tanto que su demostración fué el objeto que se propuso al escribirla.

«He aquí un párrafo que presenta en resumen la opinión en punto á crisis, no sé bien si de Andral, á quien dichos autores extraen, ó de ellos mismos: le traduzco de la página 332 del primer tomo del *Compendium*:

«Estas observaciones, solamente dirigidas contra la división sistemática de la enfermedad en periodos con los cuales coincidirían ciertos movimientos críticos, no deben impedirnos reconocer que realmente sobrevienen, durante el curso de la enfermedad, y sobre todo hacia la declinación, movimientos orgánicos á consecuencia de los cuales se alivia ó se cura la enfermedad con bastante rapidez. Estas crisis se efectúan generalmente en las enfermedades agudas y crónicas; y pueden ser perfectas, ó imperfectas, regulares ó irregulares, rápidas ó lentas, según que la curación se establece francamente ó de una manera imperfecta... etc., etc.»

«Y tan lejos estuvo Andral de negar la existencia de las crisis, en la tesis á que me refiero, que la escribió en su defensa y reunió en ella 19 observaciones que las comprueban, entre ellas 11 propias.

«Yo me atrevo á rogar á los que consideran al Sr. Mata como un evangelista del materialismo médico, y no temen la tacha de retrógrados apoyándose en el ocioso y servil *magister dixit*, que pidan en la biblioteca, si no le tuvieron, el tomo primero de la obra citada, edición francesa (porque en la española no lo hallarán) y que lean el artículo crisis (pág. 344). Después de leído, manifiesten de buena fe, si en razón hay allí fundamento para desechar las crisis, siquiera pueda decirse muchísimo en contra de los días críticos, que por varios motivos no es posible fijar con rigor.

«Allí verán que casi todos los médicos distinguidos, secuaces de diferentes sistemas, hasta Arnaldo de Villanueva y Paracelso, las han admitido más ó menos por completo, aunque hayan mostrado disimulamiento muy notable respecto á los días en que se efectúan.

«Si el Sr. Mata, antes de cobijarse bajo la égida de Monneret, para que le ayudara á combatir la idea de las crisis, hubiera querido cerciorarse bien de las legítimas opiniones que este médico francés profesa en el asunto, hubiera leído su *Traité de pathologie générale*, publicado dos años hace, con lo que habría evitado el chasco de encontrarse ahora con que su autoridad (esto es lo que tiene el poco hábito de apelar á autoridades!), lejos de ser contraria á las crisis, las admite aun con mayor pasión de lo ordinario, y habla de ellas con una extensión inusitada en tal género de libros, puesto que ocupa 19 páginas (desde la 202 inclusive hasta la 221).

«Después de dar á conocer la etimología de la palabra crisis, la define de este modo:

«La crisis es un acto morbosico que, manifestándose en el

curso de una enfermedad, coincide con un alivio muy notable de los síntomas ó con una curación que hay derecho de atribuirle en parte ó en totalidad. Este feliz cambio puede efectuarse gradualmente ó en breve tiempo, con ó sin materia humoral, pero siempre de un modo perceptible para el observador. Comprendido de esta manera, no puede el juicio morbosico negarse por nadie.»

«Signe ocupándose de los caracteres de las crisis; de los fenómenos críticos; de los fenómenos locales, que examina en la piel, en las membranas mucosas, en las glándulas; del flujo urinario; de las enfermedades críticas (hemorragia, diarrea, etc.); de ciertas enfermedades que suelen considerarse como crisis, etc., etc.

«Convengamos en ello: muy desgraciado estuvo el Sr. Mata cuando, faltándole experiencia propia, recurrió á la de autores que condenan su doctrina de la manera más terminante.»

Y por lo que respecta al calor innato, combate al Dr. Mata en su discurso contra el Sr. Santero de esta manera:

«El Sr. Mata dijo en el discurso pronunciado contra el del Sr. Santero y ha repetido últimamente hablando del calor innato de Hipócrates, que si tal nombre se daba al calor que la respiración origina, fácilmente le admitiría, encontrándose en tal caso de acuerdo. ¡El Sr. Mata, á quien no podía menos de agradar muchísimo la teoría puramente química de Lavoisier, conforme la cual se efectúa al respirar una especie de combustión en los pulmones, fijándose directamente el oxígeno del aire en los elementos carbonados de la sangre, la ha supuesto definitivamente adquirida para la ciencia con todos los caracteres de perpetuidad!... ¡Es que ignora que Lagrange, Edwards, Magnus, y sobre todo Bernard, uno de los primeros fisiólogos contemporáneos, miembro del Instituto de Francia y catedrático de fisiología general en la Facultad de ciencias de París, han probado de la manera, al parecer más concluyente, que no hay tal combustión en los órganos respiratorios; que todo se reduce á un simple cambio entre el oxígeno del aire y el ácido carbónico de la sangre, cuyo fenómeno se efectúa asimismo en todos los capilares del cuerpo; y por lo tanto, que no hay fundamento para decir que el aparato pulmonal es un foco donde la sangre se calienta pasando del estado venoso al arterial? ¡Ignota que esta nueva teoría se ha probado por multitud de experimentos, cuyo resultado ha sido acreditar que la sangre, cuando atraviesa las cavidades izquierdas del corazón, lejos de ofrecer mayor temperatura que la de las cavidades derechas, la ofrece menor? Había sido ya observado este hecho por Autenrieth, Berger, Collard de Martigny, Malgaigne y Hering; pero el referido Bernard, y recientemente Gregorio Liebig, en un escrito sobre la temperatura de la sangre, son los que han desvanecido todo género de dudas. ¡Tan seguras y definitivas como esta que acabo de combatir, aun cuando el tiempo la había acreditado, serán las más de las conquistas de la química fisiológica!»

Pasó luego á ocuparse del 8.º punto que dice: *De las fuerzas vitales y del materialismo*; y después de una ligera introducción; después de decir que «nació el vitalismo con la vida misma, y se pierde por lo tanto en la noche de los tiempos;» después de asegurar lo natural y sencillo de la idea vitalista en parangón con lo artificial y complicado de la teoría que le es contraria, trata el señor académico de buscar el verdadero origen del materialismo anti-vital, y comienza una ojeada por el campo de la historia. Al llegar á nuestros tiempos, pondera con el espiritual *Reville Paris* la anarquía que nos domina, y el fanatismo de los llamados *positivo-esperimentualistas*, pero

«Fijando la atención un poco más sobre el confuso campo de la ciencia, descubrimos en él tres grandes escuelas médicas: la vitalista, la animista y la organicista; á la cual no quiero considerar en rigor como materialista, puesto que recientemente muestra la rejuvenecida quimiatría formales pretensiones de arrebatarse á los organicistas el grosero cetro del materialismo que les avergüenza y que ellos se apresuran á soltar.

«Prescindiendo del animismo, que cuenta en verdad con escasos prosélitos en el día, quedan como únicos adversarios del vitalismo, el organicismo y el neo-quimismo. Veamos qué valor puede concederse á estos enemigos de la secular y generalizada doctrina vitalista. Si se atendiera solamente al número de secuaces de cada una de estas banderas, no habría para que ocuparme del asunto: el campo pertenecía desde luego á los vitalistas, que le dominarían completa y exclusivamente.

«El organicismo, nacido en nuestros días, cuando el solidismo se alzaba más ufano; cuando la anatomía normal y patológica habían llegado á cultivarse con grandísimo esmero; cuando las clínicas, recién establecidas en todos los países cultos, facilitaban por doquiera las necropsias; cuando el espíritu analítico se extendía dominante, y cuando el arte del diagnóstico había alcanzado grande perfección, merced á la misma anatomía patológica y al descubrimiento de ciertos medios auxiliares, como el estetoscopio, el plexímetro, el microscopio, etc., era natural, muy natural, que asombrado por su rápido progresar, creyera, engreído y soberbio, que todas las dolencias humanas habían al cabo de localizarse, y hasta que la vida tendría por fin explicación fácil mediante el juego material de los órganos. La enfermedad y la muerte habían de ser, según este sistema, consecuencia de lesiones anatómicas reveladas por las necropsias, y la medicina entera quedaría por lo tanto reducida al estudio de esas lesiones, á contenerlas y á remediarlas, obrando de un modo más ó menos directo sobre los tejidos, el órgano ó órganos alterados. En el organicismo, negándose á admitir todo aquello que no hiere los sentidos; investigando la estructura de los tejidos y sus alteraciones anatómicas, interrogando á las fibras, á las células, á los mas íntimos elementos; desmontando la admirable máquina humana pieza por pieza, para estudiar no ya tan solo su estructura, sino hasta sus mas insignificantes funciones, se ha querido encontrar una razón completa de la vida. Pero semejante trabajo, minucioso, magnífico, altamente honroso para la medicina del siglo XIX, ha resultado al cabo, por lo esclusivo, no diré yo estéril pero sí incompleto, inútil bajo su aspecto principal. Afortunadamente es cierto el dicho de un autor de nuestros días, análogo á otro de Bacon: dijo este filósofo que el método de su invención, cuando se conocía á medias, inclinaba al materialismo, mientras que al contrario apartaba de él luego que era conocido por completo; y el autor citado sienta, que poca anatomía patológica aparta del vitalismo, pero que mucha anatomía conduce á él. Agotados los esfuerzos en los estudios propios del organismo; calmado en gran manera el entusiasmo que produjeron sus primeros descubrimientos; recobradas la calma y la razón; adquirido el convencimiento de que no en vano habían los médicos, durante millares de siglos, advertido en el hombre la existencia de una fuerza que dá actividad á los instrumentos que forman su economía, y reconocido en fin que el cadáver no siempre ofrece la resolución del problema del hombre enfermo; el organicismo ha modificado su espíritu y se ha purificado de su tendencia materialista, aunque sin renunciar por eso al fruto ni á la gloria de sus conquistas, que el vitalismo á su vez reconoce y le envidia. Y aun pudiera sostenerse que el organicismo no se despojó nunca del espíritu vitalista. Broussais dijo en 1852 (*Annales physiologiques*) las siguientes palabras: «Hay una *Providencia interior*, á la cual (¡fijad bien la atención en esto!) el médico que quiere curar debe referirse en las composiciones y descomposiciones de los líquidos y los sólidos. Esta *Providencia interior* no es otra cosa que las leyes de la vida.»

«Y Rostan, el jefe del organicismo, consagró la 8.ª de sus proposiciones fundamentales, á esas fuerzas que tan gran papel desempeñan en las enfermedades y que tanto influyen en su terapéutica. ¡Es que Broussais y Rostan eran médicos prácticos, y el que ha visto y tratado enfermos reconoce siempre y necesariamente la fuerza medicatriz de la naturaleza!»

«Véase cómo se aproxima el instante en que el vitalismo y el organicismo lleguen á unirse bajo la bandera del *vitalismo progresivo*; del vitalismo que, sobre su base robusta é imperecedera, sentada por la mano de Hipócrates, recibe y ordena todos los materiales que producen y labran los siglos, hasta dar cima á la construcción gloriosa del magnífico templo de la ciencia.

«¿Por qué no habían de reconocer los organicistas que en las partes todas del cuerpo humano, en sus elementos más menudos, como en sus órganos, unida y conjunta á la materia, hay una fuerza, un principio activo, esencial para constituir la, para conservarla, y para volverla, cuando se altera, á su primitiva normalidad?»

«Esto ha sucedido; y por eso, de pocos años á esta parte, han adoptado más discreto rumbo, aun los organicistas más aferrados en sus opiniones; cosa que les honra sobremanera, por cuanto nada hay tan doloroso para la generalidad de los humanos como el más leve sacrificio del amor propio.

«Han reconocido que el estudio, para que sea fructuoso, debe abrazar así la organización entera, bajo todos sus aspectos, como las fuerzas que la animan. Sobre los localizadores y los ontologistas ha dicho con gran fondo de verdad Pidoux en su *Vitalisme organique*, que unos y otros representan solamente un lado de los hechos, una faz de la cuestión: tienen una mitad de la verdad; pero, como creen tenerla toda, resulta que lo que cada uno tiene es un error.

«Así advertimos el fenómeno de irse convirtiendo lentamente al vitalismo los más apasionados organicistas, y de aceptar al propio tiempo los vitalistas los medios de aquellos y los conocimientos que han adquirido. Esta convergencia; que ya dió á conocer mi amigo el Dr. Calvo, seguirá acercando tanto más y más de prisa los dos campos, adversarios antes, cuanto más obstinada se muestre la química en apoderarse del cetro de la medicina, en vez de reducirse al digno papel de una poderosa y respetada amiga y auxiliar.»

Creiendo oportuno, después de lo dicho, añadir una prueba más á las aducidas por el Sr. Calvo «para hacer ver que el vitalismo, no solamente prepondera en las escuelas y academias médicas de las naciones cultas,» sino que domina casi exclusivamente al mundo médico,» adujo lo ocurrido muy recientemente en la *Academia imperial de medicina de París* con motivo de la Memoria de Mr. Bouchut sobre el *nevosismo*, citando textualmente párrafos de BOUILLAUD. Presentó después datos que demuestran la próxima unión de las escuelas de Montpellier y París en punto á doctrinas, «después de haber abjurado esta última esa tendencia materialista que se le atribuía;» y después de todo esto dice el señor académico:

«Ya lo veis: hállese pues en este momento casi fundidos en una concepción común el vitalismo y el organicismo, cumpliéndose los deseos de Peisse, autor por cuyas páginas ha paseado largamente su vista mi amigo el Sr. Mata.

«No sucederá jamás otro tanto, porque media entre ambos el antagonismo más absoluto, con el vitalismo y ese nuevo iatro-quimismo que intenta reducir los seres organizados á simple materia, exclusivamente sujeta á las leyes físicas y químicas.

«Pero ¿tantos son los que exageran hasta ese extremo las opiniones materialistas? Yo encuentro al contrario que los más distinguidos químicos reconocen los primeros las fuerzas vitales. Examinó, por ejemplo, á Berzelius (tomo X, página 6, de la edición española), y leo:

«Todo cuerpo orgánico difiere de otro inorgánico en que el primero tiene un principio manifestado, al que sigue su desarrollo, su decadencia y su destrucción; al paso que el cuerpo inorgánico tiene una existencia anterior á la nuestra; y continúa existiendo de tal modo, que su sustancia puede ser alterada, mas no destruida...»

«A la verdad, los elementos de la naturaleza orgánica son también indestructibles; pero la esencia propia de los cuerpos orgánicos queda completamente destruida. El individuo que devuelve sus elementos á la naturaleza inorgánica, no vuelve jamás á la vida. De lo que se sigue que la ciencia del ser viviente no reposa en sus elementos inorgánicos, sino en algún otro principio que conduce los elementos inorgánicos, comunes á todos los cuerpos vivos, á cooperar á la producción de un resultado particular, determinado y diferente en cada especie.»

«Tomo en seguida á Liebig (*Traité de chimie organique*), comienzo á leer la introducción, y hallo que principia con las siguientes palabras:

«La química orgánica trata de las materias que se producen en los órganos por la acción de las fuerzas vitales, y de las descomposiciones que sufren bajo la influencia de otras sustancias.» ¿Para qué más?

«Sin embargo, en la pág. CXCIV de la Introducción se lee: «Así como la electricidad y el calor pueden modificar los resultados de la afinidad química, y las atracciones recíprocas de los cuerpos se hallan subordinadas á innumerables causas que cambian el estado de aquellos y la tendencia de sus atracciones, así la fuerza vital influye sobre la manifestación de las fuerzas químicas en los actos de la economía.»



«La facultad que tienen los cuerpos elementales de formar las combinaciones particulares que se producen por la «vegetación ó por la vida animal, no es otra que la *afinidad química*; pero la causa que les impide unirse y ceder á las «atracciones y en condiciones diversas les llevan unos hácia «otros, la causa, pues, que les dispone en el sér vivo y les «asigna una forma especial, es la *fuerza vital*.»

«Se vé, pues, que los grandes químicos reconocen las fuerzas vitales; admiten en los seres organizados, leyes estrañas y superiores á la de la materia. Son los semi-entendidos en las ciencias físicas y químicas; los pretenciosos de saber, mejor que los sabios, quienes envejecidos y soberbios, creen tener en su mano el poder de la naturaleza entera.

«Conozcamos además las opiniones de algunos hombres eminentes de nuestros días, así en ciencias físicas y químicas como en fisiología; no para que se acate desde luego su autoridad, sino para que, al formar juicio comparándolas con las de la autoridad del Sr. Mata, sean tenidas en la consideración que merecen.

«Dice Mateucci en sus *Leçons sur les phénomènes physiques de la vie*, p. 6:

«¿Concluiremos de aquí que todos los fenómenos que presentan los cuerpos vivos pueden explicarse por las propiedades generales comunes á todos los cuerpos de la naturaleza, por el solo juego de las grandes fuerzas físicas, «calórico, lumínico, electricidad y atracción? Se apartaría de la verdad conclusión semejante, tanto como las de aquellos «que han negado y niegan todavía á los cuerpos vivos estas «propiedades generales, considerándolas enteramente libres «de la influencia de los agentes físicos.

«Examinad los fenómenos de los cuerpos vivos, los más «físicos, los más químicos (permitaneme estas espresiones), y «advertireis diferencias considerables en el modo de acción «de los agentes físicos y químicos en el seno del organismo; «diferencias inexplicables en el estado actual de conocimientos respecto á las leyes que gobiernan estas fuerzas. El «fenómeno mismo de la visión, que pudiera considerarse «como un fenómeno físico perfecto, ¿no ofrece particularidades hasta el presente inexplicables? Si los últimos descubrimientos de la ciencia permiten explicarnos la limpieza «de la visión á toda distancia, y la falta de coloración de los «bordes de la imagen, ¿cómo explicaremos por el solo auxilio de las leyes físicas, la percepción de un objeto simple y «en la posición natural, siendo la imagen doble y situada al «revés? ¿Qué no podría decirse también del oído y de la voz, «que son simplemente unos efectos de vibraciones particulares del aire, propagados por sólidos, según las leyes generales de la acústica?

«Aplicad una corriente eléctrica á los nervios de cualquier animal vivo, y la singularidad de los fenómenos que «presenciareis, os acreditará hasta la evidencia cuánta distancia hay entre los efectos de las grandes fuerzas de la «naturaleza, según que el cuerpo sobre que ejercen su «acción está organizado y vivo, ó es inorgánico ó muerto.»

«Y el excelente fisiólogo Mr. Claudio Bernard, cuyas obras de relevante mérito están enriqueciendo la ciencia de una manera asombrosa, dice en el prólogo de sus *Leçons sur les propriétés physiologiques et les altérations pathologiques des liquides de l'organisme*, recientemente publicadas:

«Los progresos de la química moderna han dado mucha luz sobre la composición de los líquidos animales; mas, sin embargo, queda todavía el sugeto rodeado de las más densas tinieblas. No basta, efectivamente, para el fisiólogo y el «médico, haber caracterizado con más ó menos exactitud la «constitución química de los líquidos orgánicos. Es sobre «todo necesario conocer la influencia que pueden ejercer «sobre las manifestaciones vitales, y, recíprocamente, los «cambios que pueden hacerles sufrir las diversas condiciones orgánicas del individuo vivo.»

«En estas palabras se encierra el pensamiento entero de la obra. Apoyándose siempre en multiplicados y variadísimos experimentos, patentiza la dependencia inmediata en que están los fenómenos químicos de la inervación de los fenómenos vitales. El sistema nervioso simpático ejerce notabilísima influencia en la temperatura de la sangre, y las condiciones mecánicas de la circulación cambian instantáneamente sin más que paralizar ó excitar al mismo sistema nervioso. Bajo la influencia nerviosa varían también el color y el calor de la sangre, y se altera este líquido hasta el estremo de producirse en él elementos sépticos. La inervación, en fin, influye poderosamente en los diferentes líquidos derivados de la sangre.

«Mialhe, por último, que juntamente con Chevreuil, Dumas y algun otro químico, ha suministrado al Sr. Mata un buen contingente de las pretensiones químicas que acaloran su fantasía, principia su *Química aplicada á la fisiología y á la terapéutica*, concediendo que si bien los cuerpos organizados presentan como los inorgánicos fenómenos físicos de electricidad, de calor, de luz, de gravedad, de higrimetría y de endosmose; y químicos de afinidad, de atracción, de composición y de descomposición, se rehacen constantemente contra la acción destructora de esas mismas leyes, en virtud de una constitución que les es propia, y que provista de sólidos, de líquidos, de tejidos y de sistemas, dá lugar á funciones cuyo conjunto determina ese fenómeno *incomprensible* que se llama vida... Y sigue luego en el párrafo 2.º diciendo que esta oposición constante de las leyes vitales á las físicas, mecánicas y químicas, no sustrae á los cuerpos vivos del imperio de las últimas; y que si bien hay en el conjunto de las funciones que forman la existencia humana, unas que presiden á las más altas facultades intelectuales (sensibilidad, conciencia, voluntad, memoria, etc.), y se escapan á toda investigación científica, constituyendo un misterio impenetrable, otras, que tienen bajo su dependencia las condiciones materiales de la existencia (digestión, absorción, nutrición, etc.), se hallan, por la naturaleza y la estructura de sus aparatos, unidas á las leyes naturales que rigen la materia y permiten de tiempo en tiempo á la ciencia levantar el velo que oculta el gran problema de la economía viviente.

«Aquí se vé á Mr. Mialhe hacer desesperados esfuerzos para eludir el estorbo que á sus ideas oponen las fuerzas vitales. Quisiera, como el Dr. Mata, poder proclamar el materialismo en toda su pureza; quisiera explicar física y químicamente todos los fenómenos que se advierten en los seres vivos; y, como no puede, dá estraños giros y revueltas, hace singulares evoluciones para evitar una confesión contraria á su anhelo y sus esperanzas, teniendo sin embargo que hacerla en esa oposición constante de las leyes vitales á la acción destructora de las físicas, mecánicas y químicas, y en esa constitución que declara *incomprensible* después de haberla pretendido atribuir á la mezcla de sólidos y líquidos, y funciones y sustancias. ¡Esto pasa al famoso químico Mialhe, y por ello podeis juzgar el apuro en que se verá el Dr. Mata, aunque en arrojo le escude, para sostener su quimismo! Notad en fin cómo aquel distinguido químico, después de

dejar á un lado cuanto corresponde á las facultades intelectuales, dice que solo de *tiempo en tiempo* (es decir, alguna que otra vez, en tal ó cual función), pueden la física y la química levantar el velo que oculta el gran problema de la economía viviente. Y sin embargo, todo esto no quita para que, siguiendo á Chevreuil, otro de los más ardorosos partidarios de la autocracia del quimismo, muestre grandes esperanzas de que algun día llegue la química á asimilarse todos los fenómenos vitales; si bien se advierte en sus palabras un colorido horriblemente marcado de desconfianza y de timidez. Por esto dice en la pág. 8: «De forma, que estudiando el mecanismo y las leyes de los fenómenos de la vida animal, no pretendemos de ningún modo ascender á las causas primeras, como los astrónomos, al estudiar los secretos de los «cielos y las leyes de la gravedad, no indagan qué fuerza es «la que ha lanzado todos estos mundos en el espacio.» ¡Hé aquí una espresion laudable de la *impotencia modesta*!

«Pudiera seguir presentando, si lo juzgara útil, otros muchos testimonios conducentes á probar que las ciencias físicas y químicas se hallan muy lejanas, no digamos de resumir el imperio entero de la fisiología, para dominar en seguida la patología y en fin la terapéutica, pero ni aun de prestar muy grande y poderoso auxilio á la primera de estas ciencias. No han perdido todavía la física y la química, ni hay razón para creer que pierdan jamás, el carácter de simples auxiliares de la medicina.»

Las dimensiones que toma ya este larguísimo extracto prolongado por la importancia, naturaleza y forma de su materia científica, nos pone en el caso de omitir muchos párrafos que siguen, destinados á comprobar más la verdad y excelencia del vitalismo contra el materialismo, representado hoy en la *química moderna*; y como para completar esta materia juzgue el autor conveniente estender su consideración al alma humana, dice de esta manera:

«Ni la materia ni el principio vital bastan á hacer comprender el pensamiento, la conciencia, la razón, la voluntad y la libertad del hombre. Es necesario añadir un alma distinta de la materia y de las fuerzas vitales; un alma que constituye el atributo distintivo de la humanidad, cuya naturaleza se empeñan ciertos fisiólogos y los frenólogos en rebajar y desconocer. El intento de reducir el hombre á la materia, es funesto, es atentatorio á nuestras más nobles y elevadas facultades: se dirige á acabar con toda libertad, con toda moralidad, con todo deber, con toda virtud y orden. ¿Qué aberración tan estraña es la de pretender amalgamar la libertad con el materialismo! Mas razón tuvo Odilon Barrot para decir en su informe de la obra de Rosi: «Libertad y espiritualismo pueden ser muy bien una misma «cosa.» Lo que no puede verse junto, digo yo, es materialismo y libertad; como que la libertad es sofocada por el peso brutal de la materia!

«Admitido ese degradante materialismo que se predica, admitida la frenología (que no es más que una explicación material y grosera de la razón humana), solo en su figura se distinguirá el hombre del bruto. Entonces, como dice Foissac en su memoria sobre la influencia de lo moral sobre lo físico, p. 47: «Apenas habria diferencia entre la producción «de la Hlada y la de la albúmina; entre la composición del «Juicio final de Miguel Angel y la del jugo gástrico: todos «serían productos de órganos y ofrecerían grande analogía «entre sí. ¡Los químicos deberían, en este supuesto, clasificar y describir el pensamiento y la grasa, la virtud y la «bilis, entre los principios inmediatos de la organización!»

Toma pie de este argumento para combatir la doctrina del Sr. MATA relativa al alma, como contestación á lo que este señor académico arguyó sobre el mismo asunto al Sr. ALONSO. Invoca el método de Bacon, del que el Sr. MATA no solamente es secuaz, sino perfeccionador, según dice, para que á este acérrimo discípulo sirva de guía y de defensa de estos argumentos, y pueda con él probar lo que dice en orden al alma y al materialismo que defiende, sintiendo no poderse estender ya mucho en averiguar,

«¿Qué maravillas, indisputables, seguras, nos ofrecen las ciencias físicas y químicas en fisiología? ¿Qué luz han derramado en la patología? ¿Qué movimiento progresivo han impreso á la terapéutica?»

Sin embargo, investigando estos puntos concluye el 8.º, y como añadido á él, las contestaciones que sobre los mismos asuntos tiene por conveniente dar al señor MATA, relativamente á los argumentos presentados por este señor académico en sus últimos discursos. Al finalizar esta parte, terminó la hora de sesión; quedando para la inmediata la lectura del resto del discurso pendiente.

El jueves 16 terminó el Dr. Mendez Alvaro su discurso, que bien formará impreso un tomo de regular tamaño, examinando primeramente *qué influencia han ejercido las escuelas hipocráticas sobre el hipocratismo*; sometiéndolo después á examen una por una y contestando victoriosamente á las conclusiones sentadas por el señor Mata al finalizar su último discurso, y presentando para terminar muy oportunas consideraciones finales.

#### Más aclaraciones sobre la cuestion del día.

Cosa es más difícil de lo que á primera vista parece, el hacerse entender de quien muestra formal empeño en cerrar los oídos á la razón y profesar una especie de idolatría, siquiera haya de aparecer, por seguir su bizarro dictámen, bajo un aspecto desventajoso, contando, no obstante, con ilustración y buenas dotes.

Digo esto, porque al hacer la *España médica*, en su número del día 9, el examen crítico de mi discurso académico, en la parte correspondiente á la sesión

de 3 del actual, dá espansion á singulares ideas, de esas que los partidarios de la doctrina hipocrática y del vitalismo combatimos, inculcadas en la juventud médica por uno de sus catedráticos, y que esta ha admitido sin bastante examen, cautivada por la novedad y fascinada por seductoras galas oratorias.

Permitaseme que las examine y combata, como es justo, en defensa de mis propias opiniones; y para añadir nuevas muestras de mi declarada afición al libre discurrir, á la racional libertad del pensamiento. Si razones doy de tanta fuerza que parezcan duras, será la culpa de los que me ponen en la necesidad de presentarlas. ¡Esto tiene el libre examen y tales resultados dá la discusión! A quien verdaderamente es su partidario, hasta las derrotas (si son de buena ley) le cautivan; porque las derrotas vienen á convertirse en sacrificios hechos en las aras de la verdad.

La *España médica*, en su citado número del día 9, supone en primer lugar, que habiendo yo sostenido que Hipócrates no admitió dioses materiales, como el Sr. Mata tuvo por oportuno sentar, atribui á aquel gran médico el descubrimiento del verdadero Dios.... Si no temiera yo ofender á un apreciable colega, que muy de veras siento hallar en estos asuntos un tanto cuanto extraviado, manifestaría todo lo viciosa que es la argumentación de que se vale. A la idea del teísmo, al reconocimiento de un solo Dios ó de varios dioses, no puede elevarse jamás el materialista verdadero, siquiera esos dioses se representen con las diversas formas y materias que les han dado la *antropología*, la *zoolotria*, la *astrolotria*, la *pirolotria* y el *fetichismo*; porque no es la materia lo que se adora, ni son materiales los atributos concedidos á los dioses. El politeísmo griego y romano, en el cual domina la antropología, lejos de ser materialista encierra las más bellas idealidades, y constituye una inducción errónea, que de la variedad de los fenómenos secundarios concluye la variedad de fuerzas superiores, de potencias inteligentes que los determinan; de dioses, en una palabra. ¿Cómo puede considerarse legítimo materialista, entendido el materialismo como en el día se entiende, á Hipócrates, que rendía culto y aconsejaba á sus discípulos que le rindieran á las divinidades paganas, y que tal vez era en su interior monoteísta, como su maestro Sócrates, como lo habian sido Pitágoras (cuyas doctrinas admitió en mucha parte), Anaxágoras y su contemporáneo Platon? Y para esto, ni aun para admitir el monoteísmo, no era preciso reconocer el Dios de los cristianos. No fué cristiano Psamon, entre los egipcios, y admitía un solo Dios; no lo fueron los filósofos griegos citados poco hace, y también admitían una divinidad; no lo fueron Mahoma ni sus secuaces, etc., y sin embargo profesan el monoteísmo.

Véase cómo está muy en su lugar lo que he dicho para borrar, fundado en su deísmo, la mancha de materialismo que el Dr. Mata y sus cortos, pero activos y bulliciosos partidarios, han querido arrojar sobre la faz venerable de Hipócrates. A la idea de un Dios, que es la idea de lo eterno, inmutable é infinito confundido en una sola concepción; ni aun á la idea de varios dioses, potencias inteligentes, superiores, eternas, que producen la variedad de asombrosos fenómenos de la naturaleza, que dispensan el bien ó el mal, de cuya mano penden los destinos del hombre, cuya esencia y cuya presencia se desconoce, etc., no puede elevarse jamás el materialismo verdadero; porque este es imposible que se alce nunca de la humilde región de la materia y de sus leyes. El reconocimiento de toda divinidad que no ofrezca simplemente cualidades materiales, es contrario de todo punto al materialismo que el señor Mata y nuestro colega la *España médica* profesan.

Después, ocultando las principales razones, para buscar algun flanco vulnerable, combate el periódico que me ocupa la opinion sentada por mí en contra del materialismo atribuido á Sócrates por el Dr. Mata, y dice: «á este fin adujo varias pruebas muy recomendables; pero añadió una que encontramos altamente inconveniente, además de injustificada y ligera. Dijo el señor Mendez Alvaro que Sócrates no pudo ser materialista, toda vez que aconsejaba la virtud y el amor á lo bello y á lo bueno.» De aquí tomó pie la *España* (que cuidó mucho de callar las pruebas recomendables) para decir que hay en esto *confusion de ideas*; que tal proposición merece severa censura; que la virtud y el amor á lo bello y á lo bueno no han sido ni pueden ser el patrimonio de una doctrina filosófica; que no ha habido creencia que por sí sola dé ó quite la virtud; que nunca se ha visto que sean virtuosos todos los sectarios de una doctrina filosófica; que el mayor criminal comete



acciones buenas, y otras cosas por este estilo, que en rigor no vienen para nada á cuento.

Voy primeramente á restablecer el texto de mi discurso, á que la *España médica* se refiere, y véase cómo tiene sus ventajas el escribir.

Dije estas palabras:

«Veíasele (á Sócrates) escitar al cumplimiento de los deberes religiosos, fomentar el gusto hácia lo bello y lo bueno, y exhortar á la virtud, en todo lo cual es imposible que haya quien descubra la menor tendencia materialista.»

Segun desde luego se nota, no sentí yo que Sócrates no pudo ser por esos motivos materialista: dije tan solo, y dije la verdad, que en el hecho de escitar al cumplimiento de los deberes religiosos, fomentar el gusto hácia lo bello y lo bueno, y exhortar á la virtud (que eran las ocupaciones del filósofo de Atenas llevadas hasta la manía), es imposible que haya quien descubra la menor tendencia materialista. —¿No se toma pie para calificar de materialistas á Thales y los otros filósofos jónicos, de que se consagraban principalmente á estudios sobre la materia? Pues siguiendo el mismo criterio, acomodándome al propio discursar, he buscado yo en las cotidianas é incesantes ocupaciones filosóficas de Sócrates, en su espíritu, indicios que me dan á conocer si era materialista ó no; y he deducido, en buena lógica, que estaba muy apartado de serlo, por cuanto no hay sombra de materialismo en esas escitaciones á cumplir los deberes religiosos, en ese empeño de fomentar el gusto hácia lo bello y lo bueno, ni en esas exhortaciones á la virtud que hacía á todas horas en las plazas y las calles.

Por otra parte, ¿quiere la *España médica* explicarme cómo las leyes físicas y químicas, únicas que obran según su doctrina sobre la materia que constituye el cuerpo humano, dan por resultado el espíritu religioso, el gusto hácia lo bello y lo bueno, y la idea de la virtud? ¿Habrá adelantado tanto la química que obtenga ya esta maravilla?

Y considere despues de esto, mi apreciable é ilustrado colega, que su argumentación peca de sofística. Si los filósofos de todas las sectas, los materialistas mismos, sienten inclinación á la virtud, á lo bello y lo bueno; si hay criminales que en ocasiones admiran con excelentes acciones, débese el fenómeno á que no por profesar un hombre doctrinas materialistas se reduce á pura materia, á que no por cometer uno ó más crímenes deja el hombre de ceder en ocasiones al influjo de la razón ó á los gritos de su conciencia: como los materialistas, á su pesar, y no obstante sus aberraciones, son algo más que materia, obran como obran los que siguen opuestas doctrinas filosóficas, y se convierten ellos mismos en magníficos ejemplos contra el materialismo que profesan.

Por esta razón sucede que la virtud y el amor á lo bello y á lo bueno, no forman el patrimonio de ninguna doctrina filosófica, antes pertenecen á todo hombre en quien la materia se halla junta con el espíritu; por eso la virtud no va exclusivamente agregada á las doctrinas religiosas, sino junta con la conciencia humana, con la idea del bien ó del mal, con la moral universal, aunque hay doctrinas religiosas que la fomentan muy especialmente y la enaltecen; por eso no basta ser sectario de una doctrina para ser virtuoso, y por eso suelen los criminales hacer buenas acciones. ¡En qué confusión tan admirable se ha metido la *España médica*!

Pero lo que más gracia me ha hecho en la censura que sobre este punto se ha permitido el referido colega, es el contenido del siguiente párrafo:

«La virtud y el amor á lo bello y á lo bueno no han sido jamás, ni pueden serlo ahora ni nunca, el patrimonio de una doctrina filosófica. El SENTIMIENTO de la virtud puede ser más ó menos ayudado por las creencias filosóficas de los diversos tiempos, pero no ha existido creencia que dé por sí sola la virtud ni que la quite, por lo mismo que esta es un SENTIMIENTO que no tiene su raíz en la inteligencia, sino que eleva hácia ella sus ramas para que las refresque y fortifique con su rocío bienhechor ó las marchite con su sople abrasador.»

Inclíneme el contenido de este párrafo á creer que mi apreciable colega no ha comprendido con toda claridad lo que es el materialismo, que sustenta por seguir á su maestro el Dr. Mata; ó que no es en realidad materialista, cosa que celebraría muchísimo. ¿Qué SENTIMIENTOS son esos de que habla? ¿La materia produce acaso SENTIMIENTOS, ni puede producirlos jamás? Pues una vez admitido el sentimiento de la virtud, el de lo bello, el de lo bueno, el religioso, etc., y no dimanando estos de las leyes de la materia, ni pudiéndose explicar por ellas, resulta aprobado que hay algo más que materia en el hombre: habrá á lo menos MATERIA Y SENTIMIENTOS. Admitido tal principio, resulta que ya no es nuestro colega puramente materialista: será cuando

mucho un materialista sentimental. Y una vez rota la valla del materialismo, ¿qué trabajo le cuesta dejar pasar como facultades del alma todas las que juzgamos nosotros dependientes de ella, ni qué repugnancia le debe inspirar el vitalismo?

Esas evasivas, querido colega, no pueden pasar: ó materialismo neto, purísimo, ó abjuración de esa doctrina, tan contraria á la verdad, como lo acredita el hecho de no acertar sus más ardientes secuaces á defenderla sin recurrir á argumentaciones que la repugnan y contradicen.

Finalmente, acaso no haya habido nunca ocurrencia tan original y peregrina, así bajo el aspecto religioso como bajo el filosófico y aun el de simple razón natural, como la encerrada en estas palabras de la *España médica*, que copio de letra cursiva:

«La virtud no reconoce otra causa primera que el SENTIMIENTO INSTINTIVO que nace y muere con todos los hombres y es y será el mismo en toda la especie humana, desde Adán hasta el hombre del último día; porque si la inteligencia se perfecciona, en cambio es siempre lo mismo el corazón. Esta gran cualidad, esta gran merced que el hombre debe á Dios que le crió, es la que le permite esperar la misericordia divina y la que hace á toda la humanidad digna de compasión y de amor.»

Yo no quiero decir lo que me ocurre á propósito de este singularísimo párrafo... ¡Ved aquí á la VIRTUD convertida en INSTINTO! ¡De forma que ya, la inclinación al bien ó al mal, los crímenes ó las acciones más virtuosas, ni aun siquiera son simples actos funcionales de un órgano cerebral, como pretende el materialismo, auxiliado por la frenología; sino que son simples resultados del INSTINTO, ineludibles, necesarios, forzados, indeliberados, sin que medie en ellos la menor sombra de voluntad! ¡Y luego, para mezclar las cosas más opuestas é inconexas, se dice que Dios ha dado al hombre esta cualidad, y que ella permite esperar la misericordia divina!

Ya se sabe (la *España médica* lo ha dicho, y no hay más): el hombre no es dueño de sus acciones, no conoce el libre albedrío, es arrastrado por el instinto á la virtud y al crimen... Envaine, pues, la justicia su espada; deje la sociedad, para no ser injusta, de dictar género alguno de leyes penales: ¡el ciego INSTINTO es el rey del mundo, y la FATALIDAD la reina! ¡Abajo la razón que no nos sirve para lo más necesario, para distinguir el bien del mal y apartarnos de este!... ¡Ciérrense los presidios y las cárceles, y vivamos como fieras, movidos tan solo por el instinto, en medio del caos, y guiados por la fatalidad!

Dios, en fin, se vé precisado, no á conceder su misericordia (que para nada haría entonces al caso), sino á hacer justicia perdonando... ¿Pero, á quién? ¡Perdonándose á sí mismo, tendría que ser, puesto que, según tan extraña teoría, es él quien da á los criminales esos instintos brutales y feroces! ¡Válganos Dios!

Ya lo ven los lectores. Argumentos de esta clase son los que oponen á las doctrinas vitalistas los secuaces de ese incomprensible, grosero, contrahecho y extravagante materialismo que pretende entronizarse. ¡Qué confusión de ideas! Entre la *España médica* en razón; medite algo más lo que escribe, puesto que no por falta de talento sino de meditación suele incurrir en tales enormidades; no se deje cegar tanto por las pasiones, y así se colocará en mejor terreno, aproximándose á nosotros, y con nosotros á la verdad.

Escrito y compuesto el artículo precedente, llega á mis manos la *España* que corresponde al jueves 16, y leo el artículo crítico de la parte de mi discurso leída en la sesión del día 9, escrito con su natural y propia imparcialidad y benevolencia, y llevando en sus entrañas la respuesta al que con el título «Aclaración sobre el asunto del día», puse en El SÍGLO MÉDICO de 3 del actual. En el próximo número hallará el lector, para que forme juicio por sí mismo, así la parte criticada del discurso como la crítica hecha por tan justificado colega. No es necesario decir, á quien conozca los hábitos de la *España médica*, que ha abandonado desde luego todo templado y discreto razonar, apelando según costumbre á sus burletas sin gracia, y mostrando su decidida afición al género bufo.

Yo soy un hombre bastante formal para meterme á seguir á mi adversario en la zarzuela, ni en el circo de Mr. Price, aceptando el papel de botarga, que tendría necesidad de desempeñar para defenderme por los mismos medios; y entiendo además de esto que no puede conducirse la ciencia á esos lugares, sin rebajarla y prostituir la, cosa que mi conciencia y el amor que la tengo repugnan muchísimo. Toda discusión pues con la *España médica*, está concluida por mi parte, mientras no vea que adquiere la gravedad y la mesura correspon-

dientes á los periódicos científicos. Esto no quita para que quien guste éntre con él en ese género de lides.

Mendez Alvaro.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

## CRONICA.

**Estado sanitario de Madrid.**—Como viene anunciándose tiempo hace en el barómetro, el temporal ha seguido anubarrado y revuelto. La temperatura bastante benigna y hasta fresca en algunas madrugadas y noches; lo regular fué que marcara el termómetro de 6 á 20°. Los vientos alternaron entre el Sud-Este y el Sudoeste y alguna vez del Noroeste, y la atmósfera despejada, varia, lluviosa y anubarrada. Con todo, el tiempo parece que quiere sentar.

Las afecciones observadas en los últimos siete días siguen siendo las mismas de que dimos cuenta en el anterior estado: calenturas catarrales y gástricas, reumatismos y catarrros de todas clases, algunas neuroses, intermitentes, cotidianas y tercianas, fiebres eruptivas y algun enfermo que otro de anginas, erisipelas, diarreas y de flegmasias del hígado y pulmones.

Juegan el principal papel entre los afectos crónicos los catarrros, las pleuresias y pleuroneumonías, las gastro-enteritis, las tisis tuberculosas, los infartos viscerales, los asma de anginas, erisipelas, diarreas y de flegmasias del hígado y pulmones.

En cuanto á la mortandad, ha habido muy poca diferencia con la observada en los últimos setenarios.

**Beneficencia domiciliaria de Madrid.**—El señor Ortega y Cañamero, inspector de esta institución, ha tenido la amabilidad de remitirnos un estado de los enfermos asistidos por ella durante el mes de mayo. En él aparece que se han asistido á domicilio, 1,241 sugetos, de los que se han curado 722, aliviado 69 y muerto 74.—En las casas de socorro han recibido asistencia, 547.—Además se ha prestado asistencia á 91 parturientes, y se han celebrado 10 consultas.

**Academia de medicina.**—Por ser día festivo el jueves próximo, celebrará el miércoles su sesión semanal.

**Un desengaño y una esperanza.**—Siguiendo una costumbre recientemente establecida, que es en realidad digna de alabanza, los discípulos que el Sr. Mata ha tenido en el curso anterior, se han retratado formando un grande grupo, á cuyo pie figuran el nombre y apellido de cada uno, etc. Hasta aquí nada hay que se salga de lo ordinario. Lo que nos ha llamado la atención fuertemente, es una inscripción que campea en la parte más alta de la lámina, tan contraria á la doctrina del maestro, que hasta pudiera considerarse como un epigrama. Dice la inscripción referida: «MEDICUS EST MINISTER, NATURA MEDICATRIX: DEUS INTERIM HUSCE CLEMENTER BENEDICAT.» Por donde se ve que el buen juicio de estos escolares les inclina de una manera sobradamente clara á las doctrinas de Hipócrates y de Baglivo, apartándoles del materialismo. ¿Qué será cuando lleven algunos años de práctica y se hayan convencido, en vista de repetidos hechos, de que en efecto es la naturaleza quien cura las enfermedades, manteniéndose reducido el médico al prudente pero digno papel de ministro suyo?

**Aviso al ministro de la Guerra.**—Leemos lo siguiente en el Memorial de Sanidad del Ejército y Armada: «Parece que de los cinco profesores que últimamente ingresaron en el Cuerpo de Sanidad militar, tres han solicitado ya su licencia absoluta, y que todavía no hay ni una sola firma, para las próximas oposiciones.» ¿Quién diablos ha de firmar, añadimos nosotros, para verse despreciados despues de una carrera larga y penosa, y postergados á uno que principia tal vez siendo ranchero?

**Lo merece.**—A solicitud de los discípulos españoles que siguen sus lecciones en París, ha sido nombrado el catedrático Sr. Trousseau caballero de la real y distinguida orden de Carlos III.

## VACANTES.

Lo están. La de médico-cirujano de Lomoviejo, provincia de Valladolid; su dotación 1,000 rs. pagados de fondos municipales por asistir á los pobres, y 50 rs., anuales cada vecino ó fanega y media de trigo á elección, y 10 rs. por cada parto; la población 150 vecinos, y de pago 120. Las solicitudes hasta el 4 de julio.

—La de médico de Gumiel del Mercado, provincia de Burgos; su dotación 2,000 rs., pagados mensualmente de fondos municipales por asistir á 50 familias pobres, y además las iguales con 500 vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 10 de julio.

—La de médico de Baza, provincia de Granada; su dotación 1,420 rs. por asistir al hospital, inclusa y á los pobres de la población, que la forman 5,520 vecinos, pagados de fondos municipales, y además las iguales con los vecinos. Las solicitudes hasta el 5 de julio.

—La de farmacéutico de Almonaster la Real, provincia de Cádiz; su dotación 800 rs. pagados del fondo municipal por suministrar gratis la medicina á los pobres. Las solicitudes hasta fin de mes.

## SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

	Reales.
Suma anterior. . . . .	4,797
El médico de Vicalvaro. . . . .	10
Un compañero. . . . .	19
D. Carlos Quijano, médico; Valladolid. . . . .	20
E. R., id. . . . .	20
L. S. O., id. . . . .	20
D. F., id. . . . .	20
A. de L., id. . . . .	20

Suma. . . . . 4,926

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.  
Pretit de los Consejos, 3, principal.